

Vilca/Uturuncu. Hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur

José Antonio Pérez Gollán e Inés Gordillo*

I

En los primeros años del siglo XVII se editaron, en lo que hoy es el Perú, sendos diccionarios de las dos lenguas que habían alcanzado la mayor extensión en los andes del sur; uno es el *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua Qquichua o del Inca* escrito por el jesuita Diego González Holguín, el otro, *Vocabulario de la lengua aymara* de Ludovico Bertonio,¹ quien también era miembro de la Compañía de Jesús. Ambos nos pueden acercar al mundo religioso de las sociedades andinas antes de la invasión europea; comencemos, entonces, por dilucidar el significado de las dos palabras que hemos empleado para dar título a este escrito. Tanto González Holguín como Bertonio coinciden en traducir *uturunco* como tigre.

González Holguín define la palabra *vilca* por la descripción de sus usos: *Villca. Vn árbol que su fruta como chochos es purga. Villca. Melezina hecha de este árbol.*² Sabemos que el jesuita está indicando el empleo medicinal de un árbol que pertenece al género *Anadenanthera*, y cuyas semillas —pequeñas, de caras planas circulares y color castaño— son, precisamente, la parte de la planta que contiene una alta concentración de alcaloides.³ La *Anadenanthera*

¹ D. González Holguín, *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua Qquichua o del Inca*, [1608], Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1989; L. Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymara*, [1612], Centro de Estudios de la Realidad Económico y Social (CERES), Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF), Cochabamba, 1984.

² González Holguín, *op. cit.*, p. 352.

³ M. J. Dimitri y J. S. Biloni, *Libro del árbol*, tomo I, Celulosa Argentina, Buenos Aires, 1976; R. Schultes y A. Hofmann, *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de alucinógenos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

* Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

(o *Piptadenia* según la anterior denominación) se extiende por regiones boscosas desde el Caribe hasta el sur de Sudamérica,⁴ y comprende especies con propiedades químicas que producen efectos alucinógenos.⁵

Ludovico Bertonio, por su parte, nos proporciona una información más rica y amplia; al respecto, dice:

*Villca: el sol como antiguamente dezian y agora dizen inti. Villca cuti: El solsticio quando comienza a desuiarse del tropico de Capricornio a Cancro. Villca; Adoratorio dedicado al sol, o otros idolos. Villcanuta; adoratorio muy celebre entre Sicuana, y Chungara: Significa casa del sol, segun los indios barbaros. Villca; Es también vna cosa medicinal, cosa que se daua a beber como purga, para dormir, y en durmiendo dize q acudia el ladron que auia lleuado la hazienda del que tomo la purga, y cobraua su haziéda; era embuste de hechizeros.*⁶

Las definiciones nos permiten establecer tres campos temáticos: uno que tiene que ver con el sol, otro con los adoratorios del astro y finalmente, el vinculado a la medicina y los sueños o alucinaciones.

Empecemos por el último de los temas. Bertonio coincide con González Holguín en el uso medicinal de la vilca como purgante, pero aquel va más allá y afirma que produce sueños o alucinaciones que permiten «ver» situaciones que se desean conocer. Es, como dice el jesuita de Juli, un recurso de los hechiceros. Para las sociedades indígenas de los Andes los sueños no son un lenguaje del inconsciente, sino una forma de conocimiento. Según esta concepción la actividad onírica es tomada como una revelación capaz de ser interpretada, ya que posee un sustento que la explica. Los sueños o alucinaciones se constituyen en anuncios o respuestas y, sobre todo, son los vínculos privilegiados entre la vida terrenal y el mundo de las divinidades.⁷ Polo de Ondegardo escribió, en 1559, un relato que ilustra este particular:

[...] los que desean saber algun succeso de cosas pasadas o de las cosas de estan por venir [...] invocan al demonio y emborrachanse y para este oficio particular usan de una yerva llamada vilca, echando el çumo della

¹ S. von Reis Altschul, «A Taxonomic Study of the Genus *Anadenanthera*» en *Contributions of the Gray Herbarium of Harvard University*, 193, Cambridge, 1964, p. 8.

² Schultes y Hofmann, *op. cit.*, p. 8.

⁴ Bertonio, *op. cit.*, p. 386.

⁷ A. Flores Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Casa de las Américas, La Habana, 1986, pp. 179-182.

en la chicha o tomandola por otra via. Adviertase que aunque se dice que solas las viejas usan deste oficio de adivinar y decir lo que pasa en otras partes remotas y declarar lo perdido y hurtado también lo usan el día de hoy indios no sólo viejos pero moços [...].⁸

En la actualidad los indígenas mataco o wichi ocupantes de la porción occidental del Chaco Central en la Argentina emplean el cebil con los mismos fines; la etnógrafa Dasso nos relata: «Son semillas, cosas muy fuertes que se aspiran y a los quince minutos el que lo usa cambia: mira pero no ve lo que nosotros vemos, sino que ve cosas que nadie ve, cosas que van a pasar».⁹

En cuanto a los otros temas, es interesante comprobar como la palabra *vilca* se emplea en lengua aymara para designar tanto a un vegetal alucinógeno, como a la deidad más importante de los Andes (el sol), sus adoratorios y, aun, el solsticio de verano. Esta circunstancia nos está indicando el destacado lugar simbólico que se le concede a la planta alucinógena en el culto solar andino. En este sentido, son importantes los testimonios de Juan Matienzo y del extirpador de idolatrías Cristobal de Albornoz, pues vienen a confirmar y ampliar lo expuesto:

Tienen otro género de guacas que llaman uilca, que aunque la uilca es un género de fruta ponçoñosa que nace y se da en los Andes tierra caliente, de hechura de una blanca de cobre de Castilla, cúranse y púrganse con ella y se entierran con ella en las más provincias deste reino. Ase de advertir que unas figuras como carneros de madera y piedra y [que] tienen un hueco como tintero, ques donde se muele esta uilca, se a de procurar buscar y destruir. Llámase el tintero uilcana y la adoran y reverencian.. Es esta uilcana hecha de muchas diferencias de piedras hermosas y de maderas fuertes. Tienen, fuera desta uilca, otros muchos géneros de medicinas que les llaman uilcas, en especial de purgas. Ay muchos géneros de médicos que todos son hechizeros que usan de currar e inbocan al demonio primero que comiencen a curar, y esto es cierto y [...].¹⁰

⁸ J. Polo de Ondegardo, *De los errores y supersticiones de los indios*, [1559], Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, 1 serie, vol. 3, Lima, 1916, p. 30.

⁹ Dasso, M. C., «El shamanismo de los mataco de la margen derecha del Río Bermejo (Provincia del Chaco, República Argentina)» en *Scripta Ethnologica; Supplementa* 5, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires, 1985, pp. 23-24.

¹⁰ C. de Albornoz, «Instrucciones para descubrir las guacas del Piru y sus camayos y haciendas» en Urbano, H. y Duviols, P. (Eds.): *Fábulas y ritos de los incas*, [1583/4], Historia 16, Madrid, 1989, p. 172.

Matienzo, por su parte, nos relata: «[...] las que verdaderamente se dicen huaca, y por otro nombre vilca, son oráculos y adoratorios que comunmente están en cerros altos, donde adoran por ídolos a piedras y plantas, y allí tienen ídolos de oro y plata [...]».¹¹

II

América es el continente que exhibe la mayor diversidad de plantas psicoactivas, y donde el empleo de sustancias alucinógenas es una costumbre de gran antigüedad y profundo arraigo; por estas razones desde el inicio mismo de la conquista se registran aspectos de la farmacopea psicotrópica aborígen. Ya en el segundo viaje de Colón, se le encomendó a fray Ramón Pané redactar un testimonio sobre las creencias religiosas de los habitantes autóctonos de la isla de Santo Domingo, y fue el primer libro que se escribió en un idioma europeo en América. Al igual que muchos de su época, y más por su condición de clérigo, Pané tenía un vivo interés por las religiones de los indios, a las que se juzgaba como parodias satánicas para mantenerlos alejados de la verdadera y auténtica fe. Nos relata cómo los indígenas de la isla de Santo Domingo «[...] para purgarse toman cierto polvo, llamado cohoba, aspirándolo por la nariz, el cual les embriaga de tal modo que no saben lo que se hacen; y así dicen muchas cosas fuera de juicio, en las cuales afirman que hablan con los cemíes [ídolos] [...]».¹² El manejo de más de ochenta vegetales alucinógenos es parte fundamental del mundo ideológico de los indígenas americanos y resulta imposible entender su significado desligándolo de ese contexto que le confiere sentido. En las sociedades aborígenes las prácticas alucinatorias otorgan validez a las tradiciones, ratifican la cultura y vigorizan las creencias; a través de ellas, el mundo sobrenatural, transmitido de generación en generación, se convierte en una realidad accesible.

Para llevar a cabo nuestra investigación nos hemos basado, fundamentalmente, en los testimonios que hacen referencia al uso ritual de vegetales psicoactivos en el noroeste argentino prehispánico; pretende abordar la evolución y características de su consumo, así como también el contexto social y religioso en el que se desarrolló. La problemática permite, además, dilucidar los vínculos que existieron entre áreas que difieren en lo cultural y geográfico, pero cuyos procesos históricos están profunda e íntimamente

¹¹ J. de Matienzo, *Gobierno del Perú*, [1567], Travaux de l'Institut Française d'Etudes Andines, Lima-Paris, 1967.

¹² R. Pané, *Relación acerca de las Antigüedades de los Indios: el primer tratado escrito en América*, [1498], Nueva versión con notas, mapas y apéndices por J. J. Arrom, Editorial Siglo XXI, México, 1974, p. 35.

vinculados. Tal es el caso, por ejemplo, de los nexos entre las tierras altas del sistema montañoso andino y las tierras bajas del oriente, un tema de crucial interés para la arqueología de los Andes.

Al enfocar nuestra visión sobre el noroeste argentino, el consumo ritual de alucinógenos se destaca por tener una historia y personalidad propias. Debido a las dinámicas relaciones que estableció con las tierras bajas ubicadas hacia el este, es una región en la cual el uso de los vegetales alucinógenos muestra una gran profundidad temporal, donde su manejo está estrechamente vinculado con los procesos sociales y tiñe lo más íntimo del tejido constitutivo de la sociedad indígena. Por su posición geográfica, el noroeste fue el abastecedor de plantas alucinógenas; a la vez que se constituyó en una importante pieza en los intercambios de bienes materiales y simbólicos con otras regiones próximas de los Andes del Sur.

La información proporcionada por las fuentes arqueológicas, etnográficas e históricas del noroeste argentino, y de otras áreas a él vinculadas, indica el consumo de sustancias psicoactivas derivadas de los géneros *Anadenanthera*, *Nicotiana* y *Trichocline*: cebil, tabaco y coro. El primero de ellos contiene, indiscutiblemente, propiedades alucinógenas; en los otros dos este aspecto puede ser discutible. Sin embargo, no hay duda de que todas fueron usadas en contextos ceremoniales —aunque no exclusivamente— y sirvieron como vehículos para establecer contacto con lo sobrenatural.

Los tres géneros se utilizaron con propósitos medicinales o terapéuticos. El tabaco y el cebil presentan una distribución relativamente amplia y merecieron el interés de los cronistas europeos desde las primeras épocas del contacto. La información sobre el coro, en cambio, es limitada tanto desde el punto de vista botánico como antropológico. Si bien hay tempranas menciones a ella, su uso ha pasado casi inadvertido para gran parte de los investigadores.

La evidencia existente sobre los alucinógenos de origen vegetal en el noroeste argentino, pone de relieve el uso de las plantas como el cebil (*Anadenanthera sp.*), tabaco (*Nicotiana sp.*) y coro (*Nicotiana sp.* o *Trichocline sp.*), pero es posible que se emplearan otras variedades de vegetales psicoactivos, como las *Datura* o *Trichocereus*. Para los Andes del sur,

Nuestro conocimiento del uso colonial de plantas alucinógenas tomadas con alcohol es escaso, pero las noticias dadas por cronistas dejan sospechar cierta difusión a partir de sus áreas de origen. Oriundas de los mismos valles orientales de Charcas, adonde afluyen los migrantes del s. XVII,

otras dos plantas desempeñan un papel semejante para amplificar el campo de la conciencia y recorrer el tiempo pasado y futuro: el chamico (*Datura stramonium*), cardo cuya «semilla bebida en vino, agua u otro licor adormece a la persona ...» y la achuma (*Trichocereus Pachanoi*), el famoso cacto San Pedro, cuyo sumo «saca el sentido de manera que quedan los que beben como muertos». ¿Qué quieren «ver» estos alucinados «dormidos y como muertos»: volver a hablar con los dioses, captar su fuerza, «saber de algo que está por venir» porque está detrás de nosotros?¹³

III

El género *Anadenanthera*, antes reconocido con el nombre de *Piptadenia*, se extiende naturalmente a lo largo de diferentes regiones desde el Mar Caribe hasta el sur de Sudamérica, incluyendo el noroeste argentino.¹⁴ Comprende dos especies arbóreas con propiedades químicas de efectos alucinógenos debido al contenido de derivados triptamínicos y B-carbolínicos.¹⁵

Una de las especies es la *Anadenanthera peregrina*, que incluye dos variedades: 1) *A. peregrina* var. *peregrina*, cuya distribución abarca las regiones septentrionales del subcontinente; 2) *A. peregrina* var. *falcata* que se extiende por el sur de Brasil y Paraguay. Esta última es conocida etnográficamente con el nombre de «ñoopo», «yopo» o «cohoba»; su consumo, modos de uso, efectos y contextos han sido documentados desde el momento de la conquista hasta la actualidad en numerosas poblaciones indígenas.¹⁶

La otra especie es conocida bajo la denominación de *Anadenanthera colubrina* y comprende igualmente dos variedades. Una es la *A. colubrina* var. *colubrina*, que crece principalmente en el sudeste de Brasil; la otra, *A. colubrina* var. *cebil*, es la más extendida en el territorio de la Argentina. Esta variedad y el polvo preparado con sus semillas tostadas y molidas, reciben en el noroeste argentino el nombre vulgar de «cebil», «sebil» o «cevil»; en los Andes centrales y meridionales se las designa con la palabra quechua «vilca», «villca», «wilca» o «huilca»; los indígenas matabo o wichi del Chaco argentino les dan el nombre de «jatax» o «jataj» y las tribus tupí-guaraní «paricá» o «curupay».

¹³ Matienzo, *op. cit.*; T. Saignes, «Borracheras andinas: ¿Por qué los indios ebrios hablan en español?» en *Revista Andina*, año 7, núm. 1, Cusco, 1989.

¹⁴ Reis Altschul, *The Genus Anadenanthera in Amerindian Cultures*, Botanical Museum of Harvard University, Cambridge, 1972, p. 8.

¹⁵ Schultes y Hofmann, *op. cit.*

¹⁶ Reichel-Dolmatoff, G., *El chamán y el jaguar*, Editorial Siglo XXI, México, 1978.



Mapa de distribución del género *Anadenanthera* (tomado de Siri von Reis Altschul, 1972)



Follaje, vainas y semillas de *Anadenanthera colubrina* (tomado de Dimitri y Biloni, 1976)

La *Anadenanthera colubrina* var. *cebil* (o *A. macrocarpa*) es una mimmosa arbórea, de 10 a 25 m. de altura. Su corteza es grisácea y el follaje caedizo está formado por hojas compuestas. Inicia la fructificación en diciembre y las vainas, que se mantienen sobre el árbol hasta producirse la nueva floración, al madurar se abren diseminando numerosas semillas.¹⁷ Estas son de color castaño, de forma circular, comprimidas lateralmente y constituyen, como ya dijimos, la porción de la planta que presenta la más alta localización de alcaloides.

El hábitat natural de la *A. colubrina* var. *cebil* se extiende por la vertiente oriental de los Andes centrales y meridionales, así como también por una parte de Paraguay, extremo noreste de la Argentina y algunas zonas del sudeste de Brasil.¹⁸ En el noroeste argentino el cebil prospera a lo largo de una franja oriental que abarca parte de las provincias de Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca y Santiago del Estero. Corresponde a la provincia Subtropical Occidental, entre los 500 y 2 500 msnm, con un clima cálido (temperatura media de 13,5° a 21,4°) y húmedo (lluvias en verano de hasta 2 000 mm anuales).

El cebil es un árbol que ha sido aprovechado de diversas maneras. Su madera, de buena calidad y bello pulimento, se usa con fines constructivos y para objetos de lujo; la corteza sirve para curtir pieles; sus hojas y semillas tienen valor medicinal. Sin embargo, son las propiedades alucinógenas de sus semillas las que constituyen el aspecto más ponderado por las sociedades indígenas.

El consumo de cebil se extiende por más de tres milenios en el pasado precolombino y perdura hasta épocas actuales entre algunos grupos étnicos, sin que podamos saber con certeza dónde se originó esta costumbre. El empleo ritual o ceremonial, a través de las diversas formas de administración, tiene una dispersión que supera considerablemente los límites naturales. Diferentes tipos de evidencias dan cuenta del uso del cebil no sólo entre los grupos étnicos del noroeste, sino también de otras regiones argentinas, como es el caso de atacameños, comechingones, olongastas de los llanos, mbayá, abipones, lules, matabaco¹⁹ y los indígenas de las pampas.

En virtud de que el uso del cebil se encuentra documentado en las fuentes etnográficas e históricas, podemos reconstruir sus diversos modos de ingestión. La forma de administración más extendida es la inhalación del

¹⁷ Dimitri y Biloni, *op. cit.*

¹⁸ P. Arenas, «El "cebil" o el "árbol de la ciencia del bien y del mal"» en *Parodiana*; volumen 7 (1-2). Buenos Aires, 1992.

¹⁹ F. Pagés Larraya, «La cultura del paricá» en *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 5, Buenos Aires, 1959.

polvo de las semillas a través de los orificios nasales; para ello se utilizan tubos y tabletas ahuecadas, generalmente de madera, o diversos dispositivos tubulares de huesos. Esta costumbre se extiende por gran parte de la cuenca amazónica, y de la región andina, incluyendo el ángulo noroeste de la Argentina. En éste, además, la arqueología testimonia la práctica de fumar el cebil en pipas. Para la preparación de bebidas tóxicas, por otra parte, se mezcla en la chicha con otras plantas alucinógenas, especialmente del



Inhalación del paricá. Mura, Brasil (tomado de Otto Zerries, 1980)

género *Datura*; este modo de empleo es frecuente en los Andes centrales, las yungas de Bolivia y el noroeste argentino. En la región del Chaco central, particularmente entre los matakos, el cebil se fuma y se aspira.²⁰ Los enemas con preparaciones alucinógenas en las que interviene la *Anadenanthera*, están difundidos entre las sociedades aborígenes de la Amazonia brasilera, boliviana y peruana. Por último, mascararlo constituye una forma de consumo únicamente registrada entre los indígenas de las pampas argentinas.

El género *Nicotiana* comprende más de 45 especies, la mayoría de ellas cultivadas, si bien sólo unas pocas alcanzaron márgenes amplios de distribución. Una buena parte de las *nicotianas* silvestres parecen ser originarias de la región andina, y que desde allí se dispersaron hacia el norte. Las especies cultivadas, por el contrario, presentan una distribución más densa en la porción septentrional del subcontinente, debido a la acción de los pueblos horticultores.²¹ Las variedades cultivadas más importantes son la *N. tabacum* y la *N. rustica*; la primera de ellas, aparentemente se originó en los valles orientales de los Andes bolivianos, dispersándose luego hacia la meseta amazónica y el norte de Sudamérica hasta el Caribe.²² La *N. rustica* constituye la especie más extendida, pues cubre los límites de la agricultura americana desde el Canadá hasta la isla de Chiloe en Chile;²³ este hecho parece sugerir una mayor antigüedad. Es probable que su origen sea el producto de una hibridación entre especies silvestres (¿*N. sylvestris* y *N. tomentosa*?) de Bolivia y Argentina; si bien autores como Parodi y Serrano consideran que la *N. rustica* podría ser originaria de México o de Centroamérica.

Las propiedades alucinógenas del tabaco no están claramente definidas, si bien su carácter mágico-religioso y consumo con propósitos sagrados constituyen aspectos ampliamente aceptados y documentados. Furst se inclina decididamente a clasificarlo como un intoxicante ritual y afirma que «una verdadera intoxicación de tabaco hasta el punto de alterar la conciencia o llegar al trance psicodélico, era ciertamente de considerable importancia en el complejo extático del Nuevo Mundo en su totalidad»,²⁴ incluyendo así al tabaco dentro de la flora psicodélica. Además, la química del tabaco

²⁰ Arenas, *op. cit.*; Dasso, *op. cit.*

²¹ J. Wilbert, «Tobacco and Shamanistic Ecstasy Among the Warao Indians of Venezuela», Furst, P. (Ed.), *Flesh of the Gods. The Ritual Use, 1972*, of Wilbert, J., *Tabacco and Shamanism in South America*, Yale University Press, Chelsea, 1987.

²² Sauer, C., «Cultivated Plants of South and Central America» en Steward, J. (Ed.) *Handbook of South American Indians*, 6, Smithsonian Institution, Washington D. C., 1950; P. Furst, *Los alucinógenos y la cultura*, Colección Popular, 190. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

²³ Wilbert, *op. cit.*

²⁴ *Ibidem*.

refuerza este concepto: «[...] el principio activo más importante es la nicotina, un alcaloide piridino que aparece en las especies aborígenes en concentraciones mucho más amplias (hasta cuatro veces más) que el tabaco de los cigarrillos modernos».²⁵ La *N. rústica*, en relación con la *N. tabacum*, es la más poderosa y la más usada en contextos religiosos y terapéuticos. Schultes también considera que el tabaco, administrado en grandes dosis, puede emplearse para provocar visiones.

Para Wilbert el tabaco tiene efectos diferentes según las dosis: en pequeñas cantidades sirve como estimulante y analgésico; en grandes dosis produce visiones, trance y catatonía. Postula un shamanismo basado, predominantemente, en el uso de *N. rustica* y *N. tabacum* para alcanzar estados alterados de conciencia, y como agente activo en el complejo de transformación shamán-jaguar. Entre los waraos de Venezuela los shamanes realizan su trance iniciático únicamente con tabaco; ayunando y fumando puros realizan un largo viaje durante el cual ven figuras fantásticas.²⁶

Serrano²⁷ incluye al tabaco dentro de las sustancias estupefacientes, junto con el *pariká*; Cooper²⁸ lo clasifica como excitante en el mismo grupo que la *Anadenanthera* y otras plantas. Señala, asimismo, que por lo general el consumo de tabaco posee un significado mágico-religioso para inducir trances, sueños, visiones y comunicación con los espíritus, aun cuando en algunos casos no tiene propósitos rituales, como entre los tehuelches y araucanos.

A lo largo de Sudamérica, la manera más difundida de aprovechar sus propiedades es fumándolo. En las Antillas, el norte de Brasil y áreas vecinas se consume bajo la forma de cigarrillos y es frecuente que se empleen horquillas de madera para sostenerlos. Fumar en pipas es un hábito generalizado en muchas regiones de América, aunque no siempre se utilizó exclusivamente tabaco en ellas, pues a veces se recurre a vegetales alucinógenos o mezclas de varias plantas.

El tabaco también puede ser consumido aspirando su polvo por la nariz, si bien es frecuente que se lo combine con vegetales alucinógenos más activos o poderosos como la *Anadenanthera*.²⁹ Hay otras formas de su consu-

²⁵ *Ibidem*, p. 57.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Serrano, A., «Los recipientes para paricá y su dispersión en América del Sur» en *Revista Geográfica Americana*, VIII, 91, Buenos Aires, 1941.

²⁸ J. M. Cooper, «Stimulants and Narcotics» en Steward, J. (Ed.), *Handbook of South American Indian*; 5, Smithsonian Institution, Washington D. C., 1949.

²⁹ Cooper, *op. cit.*; Serrano, *op. cit.*; Schultes y Hofman, *op. cit.*; Reis Altschul, *The Genus...*; Wilbert, *op. cit.*

mo que son menos frecuentes: beberlo, comerlo, masticarlo o mascararlo, lamerlo³⁰ e incluso inyectarlo por vía rectal mediante enemas.³¹

El coro o koro es el nombre quechua de una especie de *Nicotiana* o *Trichoclina*, que también es conocida bajo los nombres de «tabaquillo», «tabaco de campo», «petí haete» o «petén».

Para Solá³² se trata de la *Nicotiana longiflora*; Parodi, por su parte, identifica este tabaco silvestre como *Nicotiana alata* y afirma que con él se elabora el «tabaco persa».³³ Según Schulz³⁴ son dos especies herbáceas anuales, *Nicotiana acutiflora* y *Nicotiana longiflora*, plantas silvestres del Chaco empleadas por los aborígenes de esa región. Zardini, contrariando las opiniones anteriores, sostiene que el coro pertenece a varias especies de *Trichoclina*.³⁵

En la Argentina crece naturalmente en el distrito chaqueño y otras zonas del noreste. Su consumo parece extenderse, además, por el noroeste, la mesopotamia, la pampa bonaerense y por el norte hasta los Andes centrales. Sabemos, además, que durante el siglo XVII en la encomienda de Maquijata, en la actual provincia de Santiago del Estero, se recaudaba el coro como parte del tributo.³⁶

Los propósitos o finalidades de su consumo incluyen dos órdenes: el medicinal o terapéutico y el ceremonial o religioso. Paralelamente, existieron varios modos de la ingestión: se fumaba, inhalaba, mascaba y bebía como infusión mezclado con chicha.

Documentos etnohistóricos del noroeste argentino dan cuenta de la preparación de bebidas con coro a mediados del siglo XVII. Para fines de esa centuria, Pedro Montenegro menciona que en el territorio de las misiones jesuíticas se usaban tres especies de tabaco y que una era llamada *coro* en quechua y *petí zaete* en guaraní.³⁷ Ambrosetti escribe que los chunupies del Chaco austral fuman la raíz de coro, que se empleaba como sustituto del tabaco. Según Toribio Ortiz los indígenas tobas y mataco fumaban en comunidad la raíz de un arbusto llamado coro. A. J. Carranza ilustra ciertas formas de uso: «A

³⁰ Cooper, *op. cit.*

³¹ Furst, *op. cit.*; Wilbert, *op. cit.*

³² J. V. Sola, *Diccionario de regionalismos de Salta*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1975.

³³ L. Parodi, *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería*, vol. 5, Acme, Buenos Aires, 1959.

³⁴ Schulz, A. G., *Nombres comunes de las plantas*, Talleres Gráficos Moro, Colonia Benítez, 1976.

³⁵ E. Zardini, «The Identification of an Argentinian Narcotic» en *Botanical Museum Leaflets*, vol. XXV, 3, Harvard University, Cambridge, 1976-7.

³⁶ J. P. M. S. Ferreiro, *De indio a campesino: el campesinado indígena del Tucumán. Siglos XVII y XVIII. Maquijata: un estudio de caso. Informe mecanografiado al CONICET*, Buenos Aires, 1980.

³⁷ P. Montenegro, «Materia médica misionera» en *Revista de la Biblioteca Nacional*, XI, 31, Buenos Aires, 1944.

falta de tabaco al que es tan afecto como el licor espirituoso, [el toba] masca y fuma en pito de madera o arcilla el pao (koro), raíz que se procura con afán ímprobo».³⁸

Los grupos étnicos del litoral ribereño del norte de Santa Fe y del Chaco hacían largas expediciones anuales al «Campo del Cielo» o «Campo del Coro (Chaco) en su busca. La considerable distribución cultural del coro queda de manifiesto por su presencia en zonas aún más australes: entre los araucanos y pampas del oeste de la provincia de Buenos Aires se prepara una bebida con esta raíz, a la que llaman kóre-koré.³⁹

IV

La etnografía ha dejado registrado el consumo de sustancias alucinógenas en numerosas sociedades indígenas americanas; en territorio argentino ha sido documentado especialmente entre los matabo o wichi, quienes para sus prácticas chamanísticas obtenían el cebil (*jataj*) en la provincia de Formosa y en el chaco salteño donde crece naturalmente.⁴⁰ Las semillas secas del *jataj* se muelen hasta obtener un polvo de textura gruesa, y éste se aspira por la nariz o se fuma mezclado con tabaco en pipas tubulares o cilíndricas de madera.⁴¹

Los hechiceros lules y matabos son los únicos shamanes del Chaco que se ponen a sí mismos en estado de arrobamiento, por medio de tomas por la nariz de un polvo hecho de semillas de sebil (Piptadenia). Cuando han alcanzado ese estado envían sus almas, en forma de pájaro, fuera del cuerpo. La metamorfosis es facilitada con los silbidos de un pito hecho de un hueso del mismísimo pájaro. El alma, una vez separada del cuerpo del shamán, va al país de los espíritus o visita al sol, que es un hombre-medicina de gran sabiduría.⁴²

Observaciones como las que acabamos de mencionar, realizadas en sociedades indígenas contemporáneas, nos revelan las expresiones de una tradición religiosa de más de 4 000 años que recurrió al consumo de alucinógenos para sus rituales.

³⁸ Tomado de E. Boman, *Archivo personal*, Museo Etnográfico, Buenos Aires, 1916.

³⁹ R. Martínez Crovetto, «Nombres de plantas y su utilidad, según los indios araucanos-pampas del oeste de Buenos Aires» en XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. *Actas y Memorias*, II, Buenos Aires, 1968.

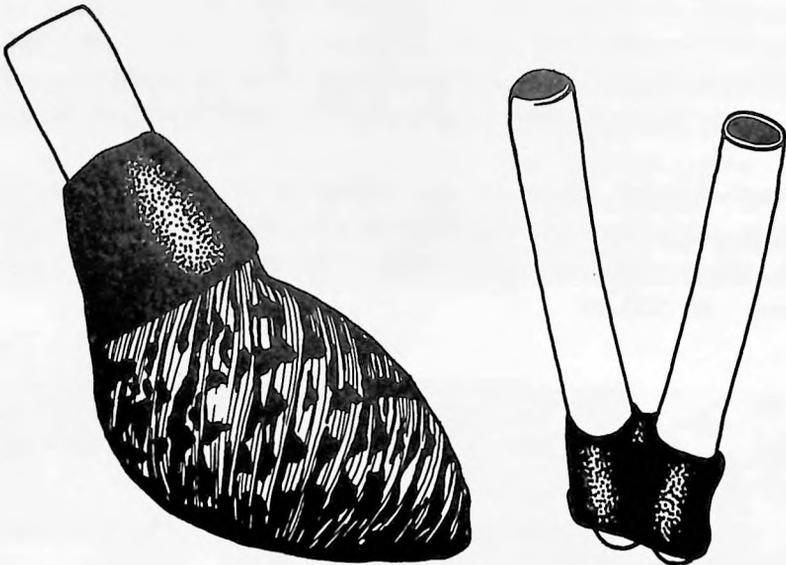
⁴⁰ Cfr. Arenas, *op. cit.*, p. 104.

⁴¹ M. Califano, «El chamanismo matabo» en *Scripta Ethnologica*, 3, parte 2, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires, 1976; Dasso, *op. cit.*

⁴² A. Metraux, «Estudios de etnografía chaquense» en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, V. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1944.



Cerámica estilo Vaquerías. Vaso cuya base está formada por tres caracoles modelados, *Strophochelius* sp (asociados al consumo de alucinógenos) y con decoración geométrica en negro sobre blanco



Tubos y recipiente para polvosalucinógenos, realizados con huesos y concha de caracol (*Strophochelius* sp ?). Tecuna, Brasil (tomado de Otto Zerries, 1980)

Diferentes tipos de evidencias dan cuenta del empleo de cebil, tabaco y coro en varias regiones de la Argentina. Desde la conquista española estas prácticas han sido registradas en las fuentes históricas, las que nos ilustran acerca de los diversos modos de ingestión. La costumbre de inhalar polvos alucinógenos de cebil o vilca fue descrita por Sotelo de Narváez en el siglo XVI entre los comechingones de las sierras de Córdoba. El jesuita Pedro Lozano, por su parte, relata la práctica de inhalar el cebil entre los lules del norte de Santiago del Estero:

Cuando desean agua para sus sementeras ruegan a los viejos, que llamen a la lluvia, y estos haciéndose soplar con un canutillo en las narices de suerte, que les penetra muy adentro los polvos de las semillas del árbol llamado sebil, que son tan fuertes, que les privan del juicio, comienzan ya fuera de sí a saltar, y brincar en descampado dando gritos, y alaridos y cantando con voces desentonadas, lo que dicen llaman la lluvia.⁴³

La inhalación es la modalidad de ingestión más ampliamente documentada para el cebil y para tal efecto se emplean distintos equipos que pueden variar según la región. Los más comunes están constituidos por una tableta de madera o piedra, un tubo de hueso o madera y el recipiente para guardar el polvo del vegetal alucinógeno (calabazas, grandes caracoles o cubiletes). Parecería que la inhalación es menos frecuente en el consumo de tabaco y coro.

Los tres géneros también se fuman y es frecuente que se realicen preparaciones mixtas, en las que se combina el tabaco con el coro o con el cebil, tal como se ha mencionado antes para los mataco. A propósito de la costumbre de fumar tabaco, en *Una excursión a los indios ranqueles* Lucio V. Mansilla nos cuenta como entre los grupos araucanizados de las pampas

[...] los chilenos les llevan [a los ranqueles] con el nombre de tabaco, una planta que no he podido conocer, que he fumado, y me ha hecho el mismo efecto que el opio, es fuertísima... [al acostarse] cargan su pipa, se echan de barriga, se la ponen en la boca, le colocan una brasa de fuego en el recipiente y dan una fumada con toda fuerza, tragando todo el humo; en seguida otra, otra del mismo modo. A la cuarta fumada, les viene una especie de convulsión nauseabunda, se les cae la pipa de la boca y quedan profundamente dormidos.⁴⁴

⁴³ P. Lozano, *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*, Departamento de Investigaciones Regionales, 288, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 1941.

⁴⁴ L. V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Centro Editor de América Latina, Capítulo, Biblioteca Argentina Fundamental, Buenos Aires, 1980, pp. 25-26.

Es interesante por la similitud, el resumen que hace Guevara del Informe anual de 1897 de la Smithsonian Institution:

Los pueblos de las rejiones [sic] de la pampa argentina i de la Patagonia, han sido viciosos fumadores en el siglo XIX; probablemente desde tiempos anteriores a la conquista practicaron la absorción del humo de algunas plantas aborígenes [...] El fumador enciende su pipa, en seguida se echa boca abajo en el suelo i después de soplar una porción de humo a cada uno de los puntos cardinales murmurando un rezo, se traga varias bocanadas, lo que le produce intoxicación i una parcial insensibilidad, que dura tal vez un espacio de dos minutos. El tabaco usado para fumar (nunca para mascar) es jeneralmente [sic] obtenido en el Estrecho pero a falta de éste obtienen los araucanos una hierba equivalente.⁴⁵

Sabemos que los araucanos o mapuches del sur de Chile fumaban tabaco en pipas; costumbre que difundieron por la Patagonia y las llanuras pampeanas cuando, muy probablemente a comienzos del siglo XVII, se puso en marcha el proceso de «araucanización» de los distintos grupos étnicos de la región austral del actual territorio argentino.⁴⁶ Medina nos dice que los aborígenes chilenos fumaban con el propósito de embriagarse y que «[...] se aprovechaban de las hojas de *Nicotiana rustica* para fumar. El humo del tabaco desempeñaba un papel muy importante en la práctica de los machi o curanderos indígenas, así como en las ceremonias que seguían a la muerte del prisionero».⁴⁷

Diversas fuentes históricas mencionan que los indígenas tobas y maticos consumían coro. Según Alanís, los grupos étnicos actuales del Chaco fuman en pipa las raíces del coro, lo que les provoca «borrachera con éxtasis».⁴⁸ Es probable que las distintas sociedades del noroeste argentino también hayan fumado esa misma raíz en las pipas que son tan comunes en los sitios arqueológicos.

En el siglo XVII Dobritzhoffer menciona que se fumaba la *Anadenanthera* en Chile. El mismo autor relata en 1784 una modalidad muy particular entre los abipones del Chaco:

⁴⁵ T. Guevara, *Folklore araucano*, Santiago, 1911, p. 257.

⁴⁶ V. Badano, «Pipas patagónicas de la colección Alemandri» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore «Dr. Pablo Cabrera»*, XII, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1945, p. 4; R. Mandrini y S. Ortelli, *Volver al país de los araucanos*, Editorial Sudamericana, Joven Ensayo, Buenos Aires, 1992, pp. 35-36.

⁴⁷ J. T. Medina, *Los aborígenes de Chile*, Santiago, 1882, p. 209.

⁴⁸ R. Alanís, *Material arqueológico de la civilización diaguita*, Museo Arqueológico Regional «Inca Huasi», La Rioja, 1947, p. 75.

La corteza del árbol cebil se usa para curtir cueros. Los indios salvajes encendían en tiempos pasados las vainas o chauchas que brotan de él, cerraban estrechamente sus chosas y con boca, nariz y todo el cuerpo aspiraban su humo removiendo con fuelles, de modo que con él llegan a emborracharse, enloquecerse y, a veces, a enfurecerse. Pero tan abominable costumbre ha cesado hace mucho. Hoy día no se contentan con el humo solo sino que buscan emborracharse y enloquecerse con diversas bebidas.⁴⁹

El consumo de bebidas o infusiones preparadas con estos vegetales es una costumbre registrada en diversas regiones de los Andes. Antes hemos citado el texto redactado en 1559 por Polo de Ondegardo,⁵⁰ en el cual afirma que los hechiceros se emborrachaban —con fines adivinatorios— tomando chicha a la que le agregaban el sumo de la vilca. En las yungas de la vertiente oriental de los Andes bolivianos, la farmacopea kallawayaya que recopila el investigador francés Girault incluye una preparación con semillas de vilca hervidas en agua y mezcladas con hojas de «floripondio blanco» o «colorado»; se trata de una bebida tóxica que provoca convulsiones y la pérdida de la conciencia, cuyo uso ya había sido descrito por el jesuita Blas Valera hacia fines del siglo XVI. Paralelamente, los curanderos kallawayaya reconocen en la *Nicotiana glauca* efectos estupefacientes cuando se mezcla el polvo seco de la flor con chicha de maíz; también las hojas y flores secas de la *Nicotiana glutinosa* diluídas en chicha de maíz provocan estados de alucinación.⁵¹

Un caso interesante del empleo de bebidas alucinógenas en el ceremonial, si bien recurriendo a vegetales diferentes a los que venimos tratando, es el que describe el extirpador de idolatrías Pablo José de Arriaga:

En los llanos desde Chancay [costa central del Perú] abajo la chicha que ofrecen a las Huacas se llama Yale, y se haze de Zora mezclada con maíz mascado, y la hechan polvo de Espingo; hácenla muy fuerte y espesa, y después de haber echado sobre la huaca lo que les parece, beben la demás los Hechiceros, y les vuelve como locos.⁵²

⁴⁹M. Dobritzhoffer, *Historia de los abipones*, Universidad del Noreste, Resistencia, 1967, pp. 500-501.

⁵⁰Polo de Ondegardo, *op. cit.*

⁵¹L. Girault, *Kallawayaya, guérisseurs itinérants des Andes: Rescherches sur les pratiques médicinales et magiques*, Institute Français de Recherche Scientifique pour le Developpement en Coopération, Paris, 1984.

⁵²P. J. de Arriaga, «La extirpación de la idolatría del Pirú» en F. Esteve Barba (Ed.), *Crónicas peruanas de interés indígena*, Biblioteca de Autores Españoles; tomo 209, Ediciones Atlas, Madrid, 1968, p. 209.

No se tiene una identificación botánica del «espingo», si bien es posible que se trate de una *Quararibea*.⁵³ En el movimiento mesiánico andino del *Taki Onqoy*, de mediados del siglo XVI, usaban en sus ritos beber chicha a la que echaban polvo de *maca*. Esta planta es identificada por algunos autores como la *Oxalis coralleoides*,⁵⁴ para otros se trata de la raíz o tubérculo de *Lapidium mayenii*, que se cultivava en alturas mayores de 3 500 metros, de efecto afrodisiaco y, posiblemente, también alucinógeno.⁵⁵

En la región andina de la Argentina, el jesuita Pedro Lozano describe una ceremonia similar en la que el falso inca Pedro Bohorquez, en presencia de los curacas locales rebeldes, «[...] colocó en el altar una flecha teñida en su propia sangre, y ella hizo que idolatrasen, luego mandó hechar en la chicha, ciertas raíces molidas que llaman coro y son más eficaces para embriagarse, é invocando al demonio bebió y brindó á los circunstantes».⁵⁶

En cuanto a los enemas medicinales e intoxicantes, sabemos que hoy en día su empleo es común entre los grupos indígenas del Brasil; asimismo, los escritos coloniales mencionan que en los Andes para tales usos también se recurría al jugo de plantas psicotrópicas. A comienzos del siglo XVII el cronista mestizo Felipe Guamán Poma de Ayala menciona que entre los incas se administraban enemas preparados con potentes semillas alucinógenas:

*De cómo tenían costumbre de purgarse cada mes con su purga que ellos les llaman bilca tauri [purgante de Tawri]. Con tres pares de grano pezado, con macay [hierba medicinal purgativa] lo ajunta y lo muele y se la ueuen por la boca y se hechan luego con la mitad por deuajo con una melecina y geringa que ellos les llamauan uilcachina.*⁵⁷

Las referencias más australes del consumo de *Anadenanthera*, así como de una práctica no registrada en otras regiones, son las que brinda Alonso de Ovalle

⁵³S. H. Wassen, «Was Espingo (Ispincu) of Psychotropic and Intoxicating Importance for the Shamans in Peru?» en D. L. Browman and R. A. Schwarz (Eds.), *Spirits, Shamans, and Stars. Perspectives from South América*, Mouton Publishers, The Hague, 1979.

⁵⁴P. Duviols, *La destrucción de las religiones andinas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1977, pp. 134-135; R. Varon Gabai, «El Taki Onqoy: las raíces andinas de un fenómeno colonial» en L. Millones (Ed.), en *El retorno de las huacas*, Instituto de Estudios Peruanos-Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Lima, 1990, pp. 347-348.

⁵⁵F. Guaman Poma de Ayala, *El primer nueva crónica y buen gobierno*, [1615], Siglo Veintiuno, Editores, México, 1980, p. 1088.

⁵⁶Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, 5 tomos, Notas y suplementos de Andrés Lamas, Casa editora «Imprenta Popular», Buenos Aires, 1875, pp. 92-93.

⁵⁷Guaman Poma de Ayala, *op. cit.*, p. 57.

cuando comenta la costumbre que tenían los indios de las pampas de usar una

[...] yerba que llaman cibil, que ahora sea por pacto del demonio o por virtud natural que tenga, dicen que los sustentan muchos días con sólo traerla en la boca, donde hacen un género de espuma blanca que asoma por los labios y causa muy desagradable vista [...]»⁵⁸

El empleo de estas semillas alucinógenas por parte de las sociedades que habitaban las regiones australes de la Argentina, pone de relieve la existencia de un sistema de intercambios y relaciones interétnicas que aún no ha sido definido con claridad.

Las distintas modalidades del uso ritual o ceremonial de la *Anadenanthera* se extienden en la porción andina argentina desde la época de los antiguos cazadores-recolectores, hasta bien entrado el siglo XIX; a la vez que su dispersión cultural supera considerablemente los límites naturales. Estos fenómenos señalan, además del alto valor asignado a esta planta y a sus productos, una dinámica de traslados, contactos e intercambios entre sociedades y regiones diversas y distantes.

En Córdoba durante los primeros años de la colonia, el cebil era empleado por los españoles para ganarse la buena voluntad de los indígenas.⁵⁹ En ese sentido, el trabajo de investigación de Ferreiro ha puesto de relieve la importancia económica que tenían algunos vegetales alucinógenos en el sistema colonial. En la encomienda de Maquijata (provincia de Santiago del Estero), a principios del siglo XVII, el cebil y el coro formaban parte del tributo que se recaudaba; es posible que esta situación se repitiera en otros establecimientos similares, pero desgraciadamente carecemos de la documentación adecuada para constatarlo.⁶⁰

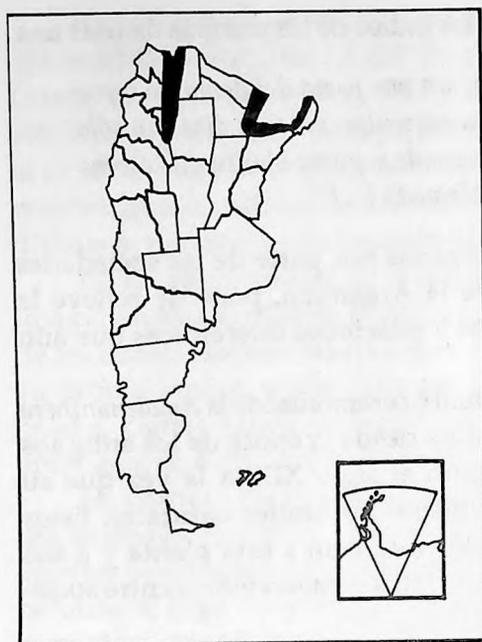
V

El cebil (*Anadenanthera colubrina* var. *cebil*) se presenta en el norte de la Argentina a lo largo de una franja que se extiende hacia el sur de la frontera con Bolivia, desarrollándose por el centro y este de las actuales provincias de Salta y Tucumán, hasta aproximadamente los 29° de latitud sur en el este de Catamarca; también se expande en dirección al oriente en la transición hacia la

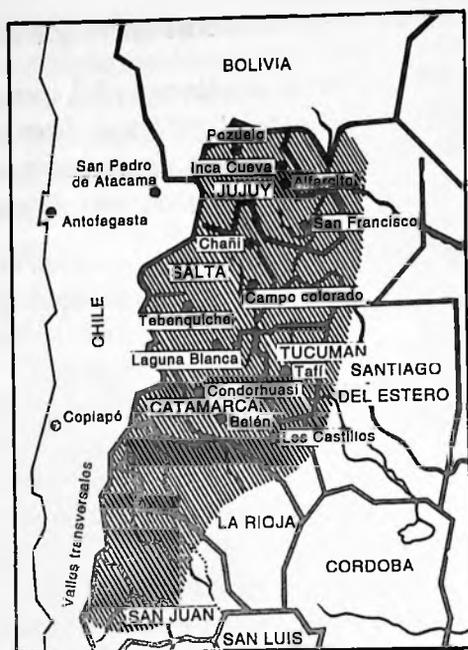
⁵⁸ A. de Ovalle, *Historia del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*, Colección de Historiadores de Chile, 12-13, Santiago, 1888, tomo I, p. 178.

⁵⁹ J. Piana de Cuestas, *Los indígenas de Córdoba bajo el régimen colonial (1570-1620)*, Edición del autor, Córdoba, 1992, p. 59.

⁶⁰ Ferreiro, *op. cit.*



Mapa de distribución natural de la *Anadenanthera colubrina* en el territorio argentino (tomado de Dimitri y Biloni, 1976)



Mapa arqueológico del noroeste argentino

región fitogeográfica del Monte. Se trata de un territorio de clima cálido, con precipitaciones de relativa abundancia y una altura sobre el nivel del mar que oscila entre los 500 y 2 500 m. Es lo que se denomina bosque tropical lluvioso y constituye el pie o borde oriental de los Andes. Aparentemente la *Anadenanthera* no prospera en la franja andina occidental ni en la costa del Pacífico, aún cuando su consumo también ha sido detectado en esas regiones.

Enfocada desde una perspectiva histórica, esta franja de bosque tropical cobra importancia como un eje articulador en los procesos sociales de interacción; la evidencia arqueológica pone de manifiesto su papel como área de aprovisionamiento y uso de los vegetales alucinógenos, los cuales eran, sin duda, de un altísimo valor religioso y simbólico. Las interacciones a las que antes hemos hecho referencia se dieron entre las diversas zonas geográficas del noroeste, y de éste con el área occidental transandina. Habría que considerar, además, la regiones meridionales y orientales en donde, tal como la información etnohistórica lo pone de manifiesto, también se empleaban el cebil y otros vegetales psicoactivos.

Las evidencias arqueológicas en la porción andina de la Argentina, apuntan hacia una significativa profundidad temporal de las prácticas alucinatorias

mediante el empleo de las plantas que hemos reseñado. Los hallazgos realizados en contextos de agricultura incipiente en el borde oriental de la Puna (altiplano) de la provincia de Jujuy, así lo prueban. Fernández Distel⁶¹ informa que en uno de los sitios de Inca Cueva aparecieron dos pipas tubulares confeccionadas con diáfisis de huesos largos. Estos ejemplares fueron hallados en asociación con bolsas tejidas de red, cestería, calabazas y semillas de algarrobo y cebil. El material fue fechado mediante C14 con una edad de 2130 a.C. Afortunadamente, en el interior de las pipas se conservó sustancia carbonizada, la cual fue objeto de análisis químico. El resultado indicó la presencia de un alcaloide con igual conducta que la N,N dimethyltryptamina empleada como testigo. Dicha sustancia es el componente activo de la Bufotenina, alcaloide de la *Anadenanthera colubrina* var. *cebil*. La misma autora observa que los restos vegetales y faunísticos de ésta y otras cuevas de la zona (Huachichocana) indican un variado intercambio con varias regiones: desde el norte de Chile y el Pacífico, hasta las tierras bajas del Chaco, incluyendo las selvas orientales del noroeste donde crece naturalmente el cebil.

Estos datos nos refuerzan la idea de un origen antiguo del uso de pipas para fumar alucinógenos, costumbre que perduró en el noroeste argentino por siglos y que le confiere una personalidad propia. En la costa peruana, por el contrario, las evidencias de Huaca Prieta y Asia son del 1200 a.C., y corresponden a tubos y tabletas para inhalar. Una versión bastante más tardía de este modo de consumo, está representada por los hallazgos realizados en la localidad de Niño Korín (departamento La Paz, Bolivia); se trata de un complejo equipo perteneciente a un «curandero» andino del siglo IV d.C.: tabletas de madera para insuflar narcóticos, un mortero pequeño con manos de madera y hueso, un tubo de caña para absorber por vía nasal, un recipiente de *Lagenaria vulgaris* (probablemente para guardar el polvo), varias cucharas de madera y hueso, jeringas para enemas, canastas decoradas, saquitos de piel, cuero y tejido. También se encontró el material macerado de una raza temprana de *Nicotiana*, paquetes de hojas de *Ilex guayusa* y una hoja de vilca.⁶²

En el Norte Grande de Chile se ha interpretado la presencia de elementos que sirven para inhalar alucinógenos procedentes de la cuenca del Titicaca. En el sitio costero de Patillos I, cerca de Iquique, se hallaron una

⁶¹ A. Fernández Distel, «Hallazgos de pipas en complejos precerámicos del borde de la Puna jujeña (República Argentina) y el empleo de alucinógenos por parte de las mismas culturas» en *Estudios Arqueológicos*, 5, Universidad de Chile, Antofagasta, 1980.

⁶² Wassen, «Acerca del material medicinal boliviano de la edad de Tiahuanaco clásico y el estudio de antiguas muestras de rapé» en *Instituto Italo Latino Americano. Simposio Internazionale sulla medicina indigena e popolare dell'America Latina*, 9, Roma, 1979.

bolsa tejida y una tableta para alucinógenos aparentemente de estilo Pukara.⁶³ Otros hallazgos vendrían a confirmar estos contactos tempranos entre el área septentrional del lago Titicaca, durante la vigencia de la cultura Pukara (250 a.C. - 380 d.C.), y la desértica costa norte chilena. En el sitio de Azapa 70, valle de Arica, se encontraron textiles de ese estilo asociados a contextos funerarios de la cultura Alto Ramírez; dos gorros tejidos con igual decoración proceden de la desembocadura del río Loa, al norte de la actual ciudad de Antofagasta.⁶⁴

Todo parece indicar que, por ahora, las pipas de hueso del territorio septentrional argentino constituyen la evidencia más antigua del consumo de alucinógenos en los Andes meridionales. Son también de una ubicación igualmente temprana las pipas de cerámica, pues están presentes en las primeras sociedades agrícolas. Las más antiguas corresponden al complejo San Francisco, en los momentos iniciales de su desarrollo. Proceden de un contexto datado por B. Dougherty en el 620 ± 80 a.C. en El Piquete, Jujuy;⁶⁵ este fechado radiocarbónico es, además, el de mayor antigüedad para la etapa agro-alfarera del noroeste argentino. Se trata de pipas angulares, con hornillo alto y patas, que presentan modelado biomorfo en la rama vertical y en el hornillo, decorado con pintura fugitiva e incisiones. Hay que destacar que el Complejo San Francisco es, aparentemente, el núcleo más temprano y septentrional del uso de pipas de cerámica.⁶⁶ Su distribución geográfica en las sierras subandinas, donde se presenta el bosque denso húmedo de montaña, nos habla de un medio que ponía al alcance de las sociedades prehispánicas los vegetales alucinógenos.⁶⁷ Esta clase particular de pipas aparece en otras regiones vecinas, muchas veces en asociación con tipos de alfarería semejantes a los de San Francisco. Su distribución en la Puna y su borde oriental debió ser facilitada por las extensas cuencas del sistema de los ríos Pilcomayo, Bermejo y Pasaje-Juramento. Aparecen en contextos agroalfareros tempranos de la

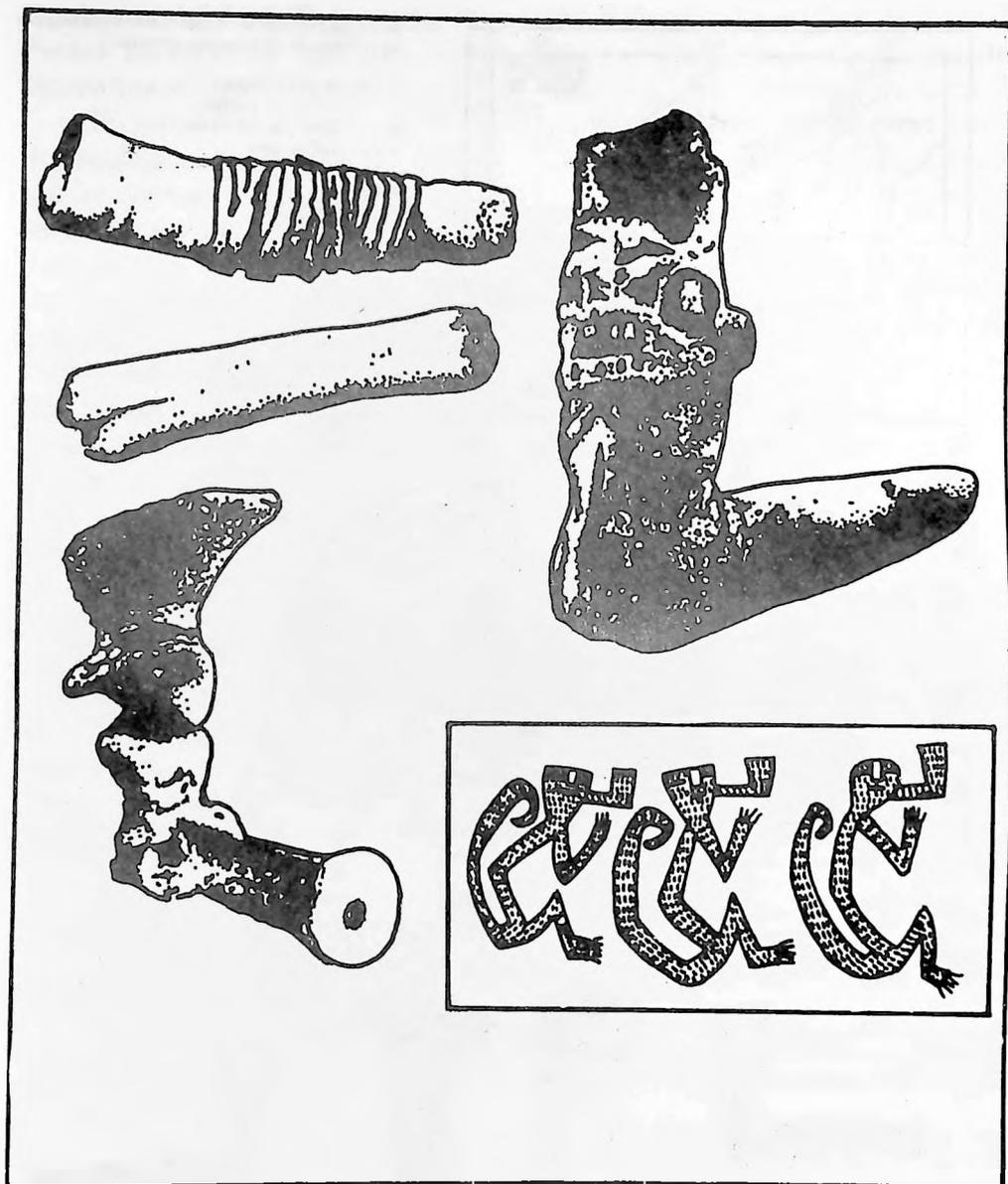
⁶³L. Nuñez Atencio, «Informe arqueológico sobre una muestra de posible narcótico del sitio Patillos I (provincia de Tarapacá, Norte de Chile)» en *Etnografiska Museet Arstryck 1967-1968*, Goteborg, 1967-8.

⁶⁴E. Mújica, «Pukara: una sociedad compleja temprana en la cuenca norte del Titicaca» en *Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid, 1991, pp. 276-289.

⁶⁵B. Dougherty, «Las pipas de fumar arqueológicas de la Provincia de Jujuy» en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n.s., VI, Buenos Aires, 1972; «Análisis de la variación cerámica en el complejo San Francisco» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.

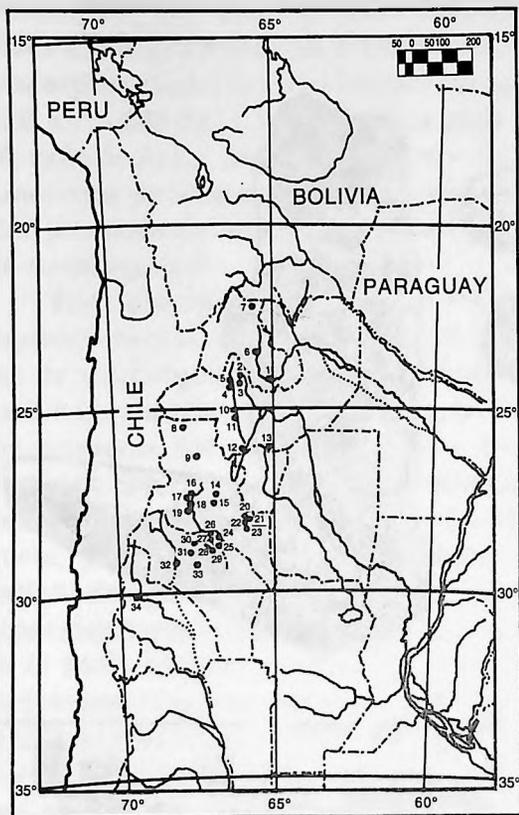
⁶⁶Dougherty, «Análisis de la variación cerámica...»

⁶⁷Dougherty, «Análisis de la variación medioambiental en la subregión arqueológica de San Francisco (región de las Selvas Occidentales - subárea del noroeste argentino)» en *Etnia*; 20, Museo Municipal Dámaso Arce, Olavarría, 1974.



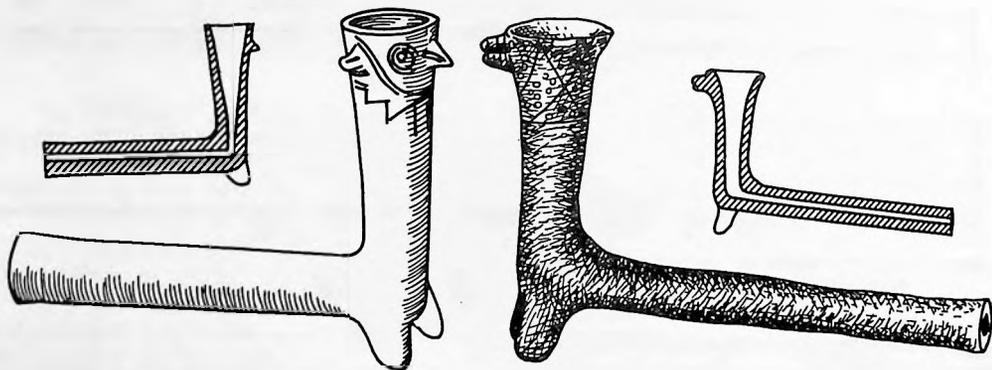
Pipas del noroeste argentino.

1. Pipas de hueso de Inca Cueva, 1C c7. Etapa Precerámica. Longitud: 13 cm y 12 cm
2. Pipa de cerámica con modelado zoo-antropomorfo. Procedencia: Palpalá (Jujuy), Complejo de San Francisco. Longitud del tubo 22.8 cm
3. Pipa de cerámica con modelado antropomorfo fálico. Procedencia: Villa Castelli (La Rioja), Periodo Temprano o Medio. Altura 8 cm
4. Motivos decorativos incisos de un vaso de alfarería Ciénaga: tres figuras de simios (?) fumando en pipas acodadas. Procedencia: La Ciénaga (Catamarca), Periodo Temprano. Altura figura central 12,5 cm (tomado de González, 1977)



Mapa de distribución de las pipas arqueológicas de cerámica en el noroeste argentino.

1. Palpalá, San Francisco.
2. C° El Dique, Q. del Toro.
3. Las Cuevas, Q. del Toro.
4. Campo Colorado.
5. Potrero Ralo.
6. Estancia Grande.
7. Cerro Colorado.
8. Tebenquiche.
9. Laguna Blanca.
10. Cachi.
11. Seclantás.
12. Tolombón.
13. Candelaria.
14. La Ciénaga, Hualfín.
15. La Aguada, Hualfín.
16. Saujil.
17. Guanchín.
18. Fiambalá.
19. La Troya o Batungasta.
20. Rodeo Grande, Ambato.
21. La Rinconada, Ambato.
22. La Puerta.
23. Pomancillo.
24. Bañados del Pantano.
25. Aimogasta.
26. Alpasinche.
27. San Blas-Salicas-Loma Colorada-Encalta.
28. Schaquis.
29. Suriyaco.
30. Pituil.
31. Totoral.
32. Villa Castelli.
33. Mallingasta.
34. Punta del Barro.



Pipas de cerámica; la de la izquierda de Seclantás (Salta) y la de la derecha de Tolombón (Salta) (tomado de Boman, 1932)

Quebrada del Toro,⁶⁸ en las cabeceras del Valle Calchaquí,⁶⁹ en la Puna.⁷⁰ Piezas aisladas de iguales características proceden de la Quebrada de Humahuaca⁷¹ y varios sitios de Valle Calchaquí, en la provincia de Salta.⁷²

En los oasis atacameños del norte de Chile existe un importante centro arqueológico, San Pedro de Atacama, cuyo desarrollo cultural se remonta a varias centurias antes de la Era Cristiana. El uso de alucinógenos parece iniciarse a partir de las influencias llegadas desde el noroeste argentino y continúa sin interrupción (aunque con significativos cambios en los modos de consumo) hasta la invasión del estado incaico. En San Pedro han aparecido nueve ejemplares de las pipas acodadas y con patas, como las que venimos considerando. Corresponden a una fase cultural que muestra claras afinidades con el Complejo San Francisco y ciertos tipos tempranos de alfarería asociados; las fechas obtenidas por los investigadores chilenos sitúan con absoluta coherencia este momento, entre el 350 a.C. y 200-250 d.C., y guardan correspondencia con la cronología del noroeste argentino.⁷³ Posteriormente, las pipas de cerámica disminuyen hasta desaparecer, mientras que se diversifican los instrumentos relacionados con el consumo de alucinógenos. San Pedro de Atacama se constituirá en relación con la civilización Tiwanaku, como uno de los principales centros del complejo inhalatorio de los Andes del sur: así lo demuestran los numerosos hallazgos de tubos y tabletas para aspirar polvos alucinógenos. Un análisis del contenido de dos bolsistas de cuero procedentes de la tumba 112 del cementerio Solcor 3, fechada en el 780 ± 60 d. C., sugiere que se trata de material procedente de una especie vegetal del género *Anadenanthera*; además, en el

⁶⁸ R.A. Raffino, «Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (provincia de Salta, Argentina)» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.

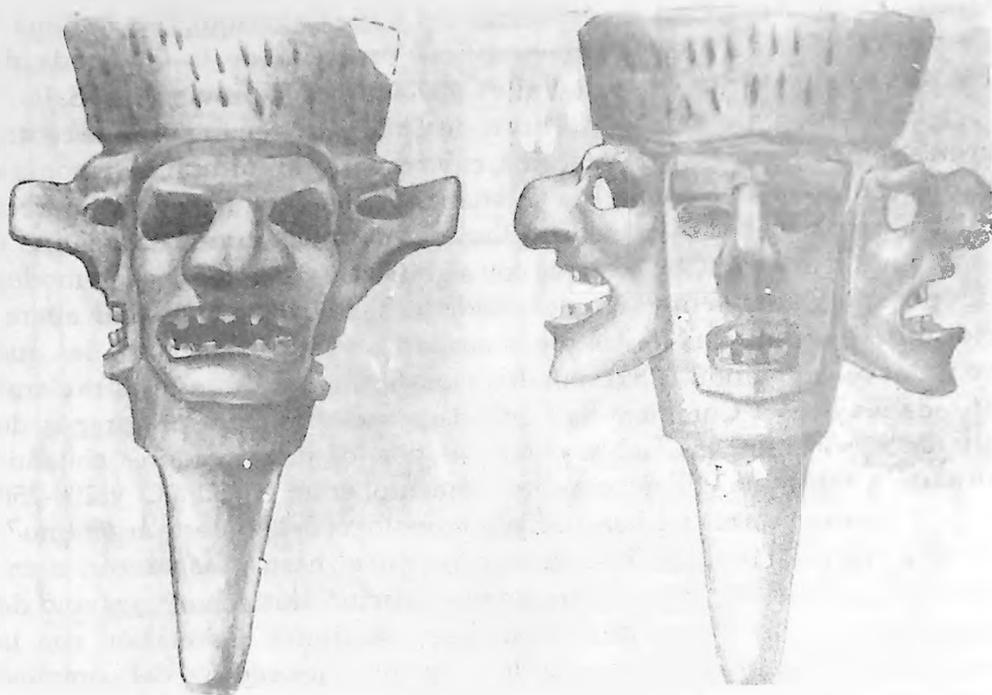
⁶⁹ M. Tarrago, «Asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí, provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior» en *Estudios Arqueológicos*, 5, Universidad de Chile, Antofagasta, 1980.

⁷⁰ P. Krapovickas, «El yacimiento de Tebenquiche (Puna argentina)» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología*; III, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1955; «Arqueología de Cerro Colorado (departamento de Yavi, provincia de Jujuy, R. Argentina)» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.

⁷¹ A.M. Salas, «Un nuevo yacimiento arqueológico en la Quebrada de Humahuaca» en *Actas y Memorias del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, París, 1948, pp. 643-48; M. C. Rivolta y M. E. Albeck, «Los asentamientos tempranos en la localidad de Tilcara: SJuj Til, 22 Provincia de Jujuy» en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 3, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, 1992, p. 89.

⁷² Boman, «Pipas de fumar de los indígenas de la Argentina» en *Anales del Museo de Historia Natural «Bernardino Rivadavia»*; XXXV, Buenos Aires, 1927-32, p. 32.

⁷³ A. Llagostera, *et al.*, «Investigaciones arqueológicas en Tulo-1» en *Estudios Atacameños*, 7, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama, 1984.

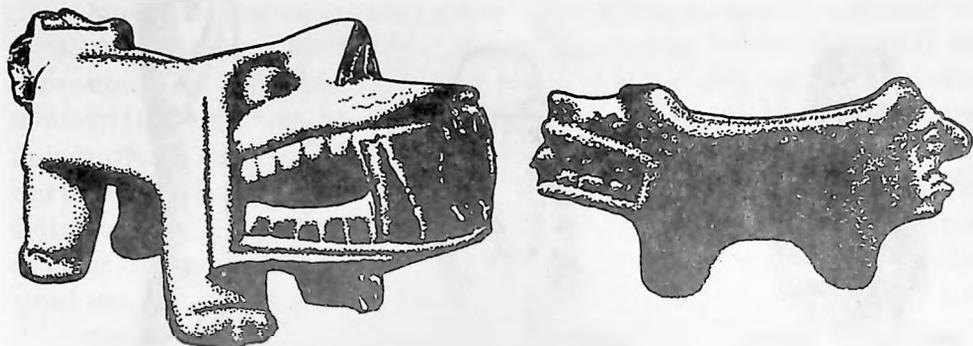


Hornillo de pipa de alfarería, con cuatro rostros humanos modelados. Procedencia: La Ciénaga (Catamarca). Periodo Temprano. Altura 9.6 cm (tomado de González 1961-4)

mismo cementerio se hallaron semillas que fueron identificadas por Schultes como pertenecientes al mismo género.⁷⁴

Los actuales territorios de Catamarca y La Rioja constituyeron otro núcleo geográfico del uso de pipas. Son diferentes a las de San Francisco y zonas aledañas, y si bien la mayoría son angulares, poseen una rama vertical más corta con hornillo troncocónico y decoración modelada y/o pintada. Son frecuentes las representaciones antropomorfas y, en menor medida, zoomorfas en el hornillo o en la base del mismo; a veces toda la pieza es una forma animal modelada. También se han hallado hornillos independientes, los que debieron formar parte de pipas de dos piezas ensambladas. Se ubican aproximadamente entre el 300 d.C. y el 700 d.C.; corresponden un momento avanzado dentro del Formativo y, particularmente, al periodo Medio o de Integración. Aparecen en numerosos sitios

⁷⁴C. M. Torres, et al., «Snuff Powders from Pre-Hispanic San Pedro de Atacama: Chemical and Contextual Analysis» en *Current Anthropology*, volume 32, number 5, December, 1991.



Morteros de piedra. Izquierda: mortero de piedra con una imagen felínica y otra humano-felínica esculpidas en sus extremos. Procedencia ? Periodo Temprano. Altura 25.4 cm, largo 46 cm. Derecha; mortero de piedra con una cabeza zoomorfa y otra humana esculpidas en los extremos. Procedencia: Singuil (Catamarca). Periodo Temprano. Altura 17.5 cm, largo 33 cm

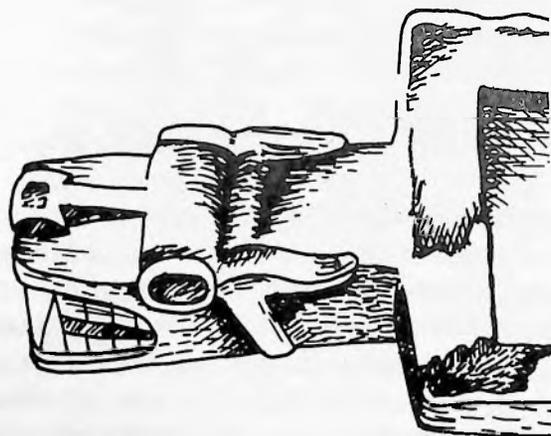
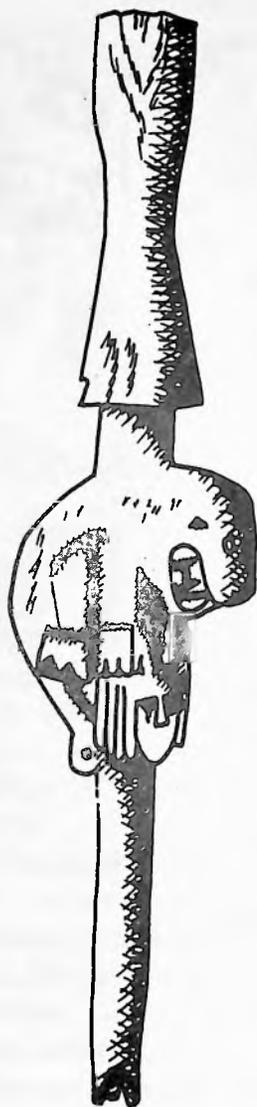
de las culturas Ciénaga y Aguada, especialmente en Ambato y Valle de Catamarca, Belén, norte y noroeste de La Rioja.

En el valle de Ambato, por ejemplo, son comunes las pipas acodadas de cerámica con el hornillo troncocónico y decorado —modelado o pintado— con motivos felínicos, antropomorfos y, en algunos casos, de batracios. Al igual que en el oeste de Catamarca, existen otros ejemplares que carecen de rama horizontal, con dos pares de caras modeladas distribuidas simétricamente, las cuales mezclan atributos felínicos con humanos.⁷⁵

De esta misma región catamarqueña proceden las grandes pipas de saponita que se asignan a la cultura Condorhuasi. Allí también se han hallado morteros, fuentes, vasos y otros recipientes de piedra tallados con ricas imágenes felínicas y/o humanas, frecuentemente de carácter dual. La confección técnica, el acabado, diseño escultórico y la elaboración formal de estas piezas contrastan con sus equivalentes utilitarias, encontradas en los mismos sitios del Formativo, por lo que se les asigna un empleo ritual. Muchas presentan huellas muy claras de uso y posiblemente sirvieron para moler o contener sustancias psicoactivas;⁷⁶ el complejo ritual debió estar constituido, además, por estos morteros, vasos y fuentes esculpidas en piedra. Juzgamos que de igual manera lo integran los keros y jarros de cerámica, muchos de ellos profusamente decorados con la temática religiosa de la época, y que fueron empleados para beber los preparados de vegetales psicoactivos.

⁷⁵ A. R. González, *Arte precolombino en la Argentina*, Filmediciones Valero, Buenos Aires, 1977.

⁷⁶ *Ibidem*; González, *Arte, estructura y arqueología*, Colección Fichas, 35, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.



1. Tableta con personaje que lleva un gorro cónico, adorno frontal de doble ancla y cubrenuca. (Tomado de Krapovickas 1958-9)
2. Tableta con cabeza de felino. (Tomado de Krapovickas 1958-9)
3. Tubo para aspirar con decoración de felino parado sobre cabeza trofeo, La Paya, Salta. (Tomado de Krapovickas 1958-9)

Dentro del área de las Sierras Centrales, se han hallado fragmentos de pipas de cerámica y piedra en el sitio arqueológico de Villa Rumipal, en la provincia de Córdoba.⁷⁷ El fragmento de un hornillo de pipa de cerámica también fue encontrado en la localidad de Soto, en el norte de Córdoba, y es muy probable que, junto con otros objetos de piedra y cerámica, llegara allí por intercambio desde el noroeste andino.⁷⁸ Estas regiones de la provincia de Córdoba se encuentran muy retiradas de la vertiente oriental de la serranía del Ancasti, que es el lugar más austral donde crece el cebil: unos 29° de latitud sur. Las semillas alucinógenas debieron ingresar por un ruta conocida como el *camino de Santiago del Estero o de los sanavirones* que vinculaba la cuenca del río Dulce con los valles del norte de Córdoba, pasando por entre las sierras de Ambargasta y Sumampa.⁷⁹ Esta vía debió ser trajinada por las caravanas de llamas y abrió, desde épocas anteriores a la Era Cristiana, una puerta de comunicación para los grupos étnicos andinos del noroeste; a lo largo de estos caminos se desarrollaron extensos repositorios de arte rupestre: uno de los más importantes es el de Cerro Colorado (Córdoba). Allí, durante las excavaciones arqueológicas realizadas en 1961,⁸⁰ se registró la presencia de los tipos cerámicos conocidos como *Cortaderas policromo* y *Las Mercedes grabada*,⁸¹ que hoy, gracias al trabajo sistemático de investigación, sabemos pertenecen al Periodo de Integración (400 d.C.-900 d.C.) y que están vinculadas estrechamente con el valle de Ambato.⁸²

Es durante el Periodo de Desarrollos Regionales o Tardío (900-1480 A.D.) cuando hallamos ya plenamente establecido en el noroeste argentino el equipo para la inhalación de sustancias alucinógenas, sin que sea posible constatar en los ejemplares conocidos diseños derivados o similares a los de Tiwanaku, tal como ocurre en San Pedro de Atacama. En contraste con el norte de Chile, la aparición del equipo inhalatorio en el territorio argentino es más tardía, perdura durante la ocupación inca y se extiende hasta los tiempos históricos.

⁷⁷ González, «Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal (provincia de Córdoba)» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore «Dr. Pablo Cabrera»*, IV, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1943.

⁷⁸ González, «El paradero indígena de Soto (Córdoba)» en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales «Bernardino Rivadavia»*, XLI, Buenos Aires, 1943.

⁷⁹ A. Montes, «El problema etnográfico de los sanabirón y de los comechingón» en *Homenaje jubilar a Monseñor Doctor Pablo Cabrera (1857-1957)*, Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, número especial, Córdoba, 1958, pp. 412 y 416.

⁸⁰ González, «Las pinturas indígenas de Cerro Colorado» en *Gacetika*, n° 63, mayo, Industrias Kaiser Argentina, Córdoba, 1963.

⁸¹ Serrano, *Manual de la cerámica arqueológica*, Editorial Assandri, Córdoba, 1958.

⁸² J. A. Pérez Gollán, «La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato» en *Publicaciones del CIFYH*, vol. 46, Arqueología (1986-91), Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1991, pp. 167-168.

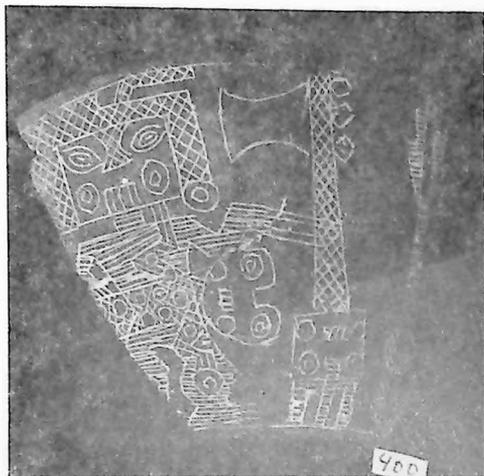
La más alta concentración arqueológica de tabletas y tubos para alucinógenos corresponde a la región de Atacama en el norte de Chile; además, en la Puna argentina y la Quebrada de Humahuaca la dispersión de estos instrumentos es bastante amplia, apareciendo en muchos sitios arqueológicos. En el valle Calchaquí existe un centro casi único, tal vez el más importante en nuestro territorio: el antiguo asentamiento prehispánico de La Paya, en Salta; fuera de ella aparecen escasos ejemplares en Tolombón y Quilmes. Por último, tenemos otro núcleo mucho más alejado y aislado en la provincia de San Juan, donde aparecen contados ejemplares procedentes de Calingasta y Angualasto.⁸³

La influencia de Tiwanaku, como hemos dicho, no se percibe en la decoración de las tabletas argentinas, ya que son más tardías —posteriores al 900 A.D.— que las de San Pedro de Atacama. Tiwanaku no introdujo en el Norte Grande de Chile las prácticas alucinatorias, tan sólo estimuló algo que ya estaba en uso y que, al parecer, se inició con la costumbre de fumar en pipas difundida desde la vertiente oriental de la cordillera de los Andes. Los motivos decorativos de las tabletas argentinas, juzgamos nosotros, se ciñeron a las pautas religiosas locales, las que reconocen una continuidad con la ideología de épocas anteriores. Es por esta razón que se observa un notable paralelismo, por ejemplo, entre los temas de las placas metálicas⁸⁴ y la decoración de las tabletas y tubos. Aparecen en la Puna y Quebrada de Humahuaca los motivos felínicos o del sacrificador, elementos que allí no se han manifestado antes, y que son el eje de la decoración del Periodo de la Integración. Sólo una ideología compartida y con profunda continuidad histórica otorga coherencia a esta, en apariencia, incongruencia temporal. Pero, además, el consumo de vegetales psicoactivos sólo cobra sentido, como manifestamos al principio, en el contexto del mundo ideológico.

Una vez más estamos ante un proceso social selectivo, que reelaboró y readaptó bienes de alto contenido simbólico, procedentes de áreas vecinas, y les confirió una modalidad particular según las propias tradiciones históricas, muy lejos de la aceptación mecánica que nos pinta el difusionismo tradicional.

⁸³ Salas, «El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Provincia de Jujuy)» en *Publicaciones del Museo Etnográfico*, serie A, V, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1945; Krapovickas, «Arqueología de la Puna Argentina» en *Anales de Arqueología y Etnología*, XIV-XV, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1959.

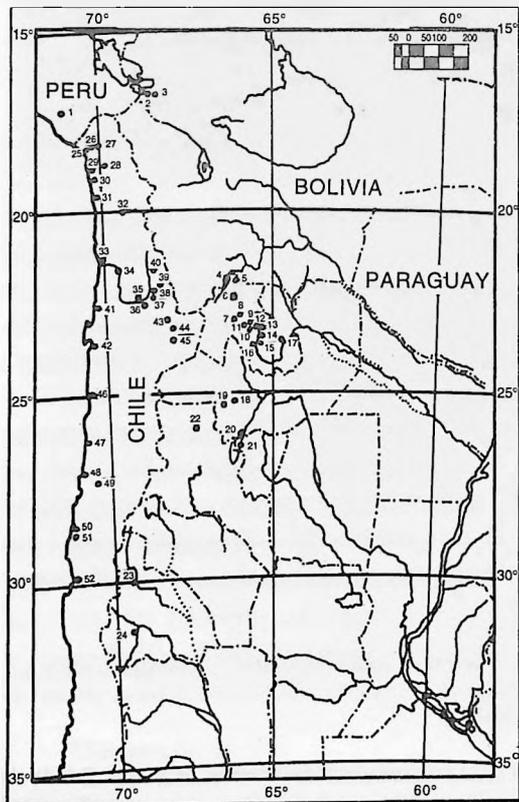
⁸⁴ Pérez Gollán, «Iconografía religiosa andina en el noroeste argentino» en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, XV, 3-4, Lima, 1986.



Fragmento de alfarería con la imagen del sacrificador y la víctima, procedente de Andalgalá (Argentina).



Vasija de alfarería negra grabada con la imagen de un jaguar, procedente de oriente de Catamarca (Argentina).



Mapa de distribución de las tabletas de madera en el Area Andina Meridional.

Sur de Perú:

1. Sama.

31. Pisagua.

32. Tarapacá.

Bolivia:

2. Tiwanaku.

33. Desemb. río Loa.

3. Niño Korin.

34. Quillagua.

35. Calama.

Noroeste argentino:

4. San Juan Mayo.

36. Chunchurfi.

5. Santa Catalina.

37. Chiu-Chiu.

6. Rinconada.

38. Caspana.

7. Casavindo.

39. Toconco.

8. Doncellas.

40. Parini.

9. Peñas Blancas.

41. Cobija.

10. Yocaraité.

42. Antofagasta.

11. Los Amarillos.

43. San Pedro de Atacama.

12. Campo Morado.

44. Toconao.

13. La Huerta.

45. Tilamonte.

14. Angosto Chico.

46. Paposo.

15. Tilcara.

47. Chañaral.

16. Ciénega Grande.

48. Caldera.

17. Calilegua.

49. Copiapó.

18. La Playa.

50. Huasco.

19. Luracatao.

51. Churcal.

20. Tolombón.

52. Coquimbo.

21. Quilmes.

22. Antofagasta de la Sierra.

23. Angualasto.

24. Calingasta.

Chile:

25. Arica.

26. Alto Ramirez.

27. Valle de Azapa.

28. Taltape.

29. Caleta Camarones.

30. Punta Pichalo.

Si observamos la distribución de tabletas y tubos de madera notamos que, al igual que las pipas acodadas y con apoyos cónicos, tiene una vinculación con las cuencas de los ríos Pilcomayo, Bermejo y Pasaje-Juramento. El límite sur está en la provincia de San Juan, de donde proceden algunos ejemplares.⁸⁵ Es importante destacar que durante el Periodo de Desarrollos Regionales se mantuvieron las conexiones, probablemente por tráfico caravanero, entre San Pedro de Atacama, la Quebrada de Humahuaca y la porción norte el de la Puna argentina, situación que no se repitió en los ámbitos meridional y central del noroeste.

El paralelismo entre ciertos materiales arqueológicos de los Andes del sur y la parafernalia del complejo alucinatorio de numerosos grupos étnicos de la cuenca amazónica es notable.⁸⁶ La semejanza se acentúa al considerar que estos objetos no sólo presentan una singular recurrencia formal, sino también iconográfica que los vincula entre sí y con el suministro de drogas, en el marco del complejo religioso ceremonial del que forman parte. Son típicas las figuras antropomorfas, las aves, serpientes, saurios, sapos y, principalmente, los jaguares o «uturuncos» (*Felix onca*). Hasta la fecha no contamos con investigaciones que hayan indagado los posibles nexos históricos entre las tierras bajas orientales y los Andes, en este apasionante tema del consumo de alucinógenos.

Uno de nosotros⁸⁷ ha vinculado el uso de los alucinógenos en los Andes del sur con el culto al sol. En este mismo escrito, hemos visto que en la definición del jesuita Ludovico Bertonio el vocablo *villca* hace referencia al sol, a sus adoratorios, a la planta que produce visiones y al solsticio de verano; de esta manera, establece un campo de significación que pone de relieve la importancia del alucinógeno en el culto solar. No puede pasarse por alto el hecho que sea una palabra aymara, lengua vinculada al territorio altiplánico de Bolivia, y que coincide con el lago Titicaca que es el espacio mítico y sagrado andino por excelencia. Albornoz,⁸⁸ por su parte, usa la palabra *vilca* para designar, además, un género de huaca: «Huaca es el nombre que se da al antepasado del linaje o de la especie cuya historia se reconstruye en las fábulas; al sitio que marca ese nacimiento telúrico; al ídolo eventual que erige allí; en suma, a cualquier cosa singular [...]».⁸⁹ En tiempos

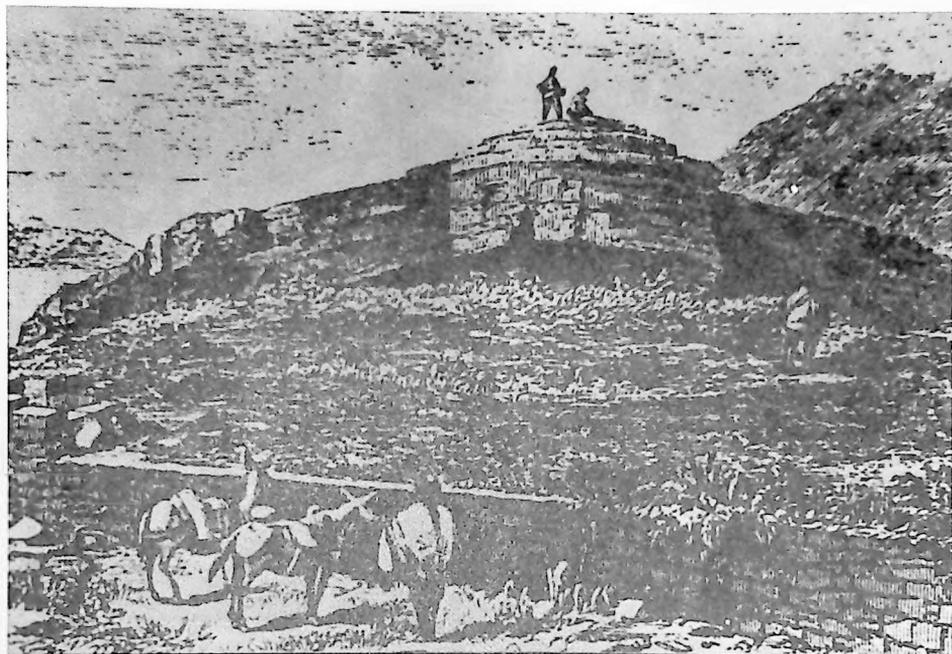
⁸⁵ Salas, «El antigal de Ciénaga Grande...

⁸⁶ Wassen, «Acerca del material medicinal...»; Serrano, «Los recipientes...»; Shultes y Hofman, «Plantas de los dioses...»

⁸⁷ Pérez Gollán, «Iconografía religiosa andina...»

⁸⁸ Albornoz, *op. cit.*

⁸⁹ C. Bernard y S. Gruzinski, *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 93.



Roca sagrada en la Isla Titicaca, Bolivia (tomado de Squier, 1974)

pasados, los pobladores andinos trataban de apropiarse de las fuerzas sobrenaturales que irradiaban los antepasados y los lugares de origen, tornarlas benéficas para la renovación anual del mundo. Los estados alterados de conciencia por la ingestión de sustancias alucinógenas, eran la vía de comunicación directa con el «otro» sagrado.⁹⁰

Por último, es interesante destacar la perduración de la ingestión de alucinógenos en épocas coloniales. El impostor andaluz Pedro Bohórquez, quien reclamaba ser nieto del Inca Atahualpa, rebeló a una gran masa de indígenas del noroeste argentino y de las regiones aledañas con la promesa mesiánica de subvertir la sociedad colonial del siglo XVII. En las ceremonias que él realizaba, bebía chicha con coro según la tradición indígena. Pero, además, se investía de los atributos simbólicos andinos del poder: vestía túnica (*unku*) de tejido especial (*cumbi*), lucía una banda tejida (*llautu*) sobre la frente, adornos cefálicos de oro y plata, y se trasladaba en andas (*huanto*).⁹¹

⁹⁰ Saignes, *op. cit.*

⁹¹ T. Piossek Prebish, *Pedro Bohorquez. El Inca del Tucumán. 1656-1659. Relato histórico*, Gentes de Letras, Buenos Aires, 1983; H. de Torreblanca, *Relación histórica de Calchaquí*, Versión modernizada, notas y mapas de Teresa Piossek Prebisich, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1984.



Grabado de la Crónica del Perú: el lago Titicaca, donde nació el sol (tomado de Sebastián, 1992)

En la narrativa folklórica del noroeste argentino es frecuente el tema de la metamorfosis mágica de seres humanos en felinos. En Santiago del Estero y Catamarca se trata de la creencia en el *runa uturunku* (hombre tigre) o el *tigre capiango*, quien con ayuda del demonio, se convierte en yaguareté (*Felix onca*) revolcándose sobre el cuero de la fiera. Durante las luchas entre federales y unitarios, que ensangrentaron la sociedad argentina de la primera mitad del siglo XIX, el general unitario José María Paz relata que en las vísperas de la batalla de La Tablada se produjeron 120 deserciones debido al rumor que aseguraba que el jefe federal Facundo Quiroga, su adversario, tenía entre sus hombres a 400 *capiangos* que se transformaban en feroces yaguaretés.⁹²

En una época tan reciente como 1938, esa misma creencia popular le sirvió al poeta Leopoldo Lugones, oriundo de la tradicional Villa de María del Río Seco en el norte de la provincia de Córdoba, para escribir el poema que llamó, justamente, *El tigre capiango*.

⁹²M. A. Palermo, «Ficha antropológica: el yaguareté» en *Fauna Argentina*, 21, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

El tigre capiango

*Llegan así a un descampado,
Y lo ve que, en su desvelo,
Saca de un tronco y extiende
Como una manta en el suelo.*

*Ahí empieza a revolcarse
Desnudo sobre esa manta,
Y de repente - cruz diablo!-
hecho tigre se levanta.*

*Desentumió los tendones
Pegando un bramido ronco,
y las uñas afiló
Arañando el mismo tronco.*

*Figúrense la sorpresa
Que al pobre Juan le produjo
Saber de aquella manera
Que tenía un hermano brujo.*

*Ahora han de saber que al brujo
Que causa tales estragos,
Tigre Capiango le llaman
Muy justamente en los pagos.*

*Y en la historia se halla escrito,
Y a mi favor ello aboga,
Que cuatrocientos capiingos
Tuvo Facundo Quiroga.*

*Formaban dos regimientos
Que de sangre hacían derroche,
De día como soldados
Y como fieras de noche.*

Bibliografía

- Alanís, R., *Material arqueológico de la civilización diaguita*, Museo Arqueológico Regional «Inca Huasi», La Rioja, 1947.
- Albornoz C. de, [1583/4], «Instrucciones para descubrir las guacas del Piru y sus camayos y haciendas» en Urbano, H. y Duviols, P. (Eds.), *Fábulas y ritos de los incas*, Historia 16, Madrid, 1989.
- Ambrosetti, J. B., «Apuntes sobre los indios chunupíes (Chaco austral) y pequeño vocabulario» en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XXXVII, Buenos Aires, 1894.
- Arenas, P., «El "cebil" o el "árbol de la ciencia del bien y del mal"» en *Parodianna*, volumen 7 (1-2), Buenos Aires, 1992.
- Arriaga, P. J. de, «La extirpación de la idolatría del Pirú» en Esteve Barba, F. (Ed.), *Crónicas peruanas de interés indígena*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 209, Ediciones Atlas, Madrid, 1968.
- Badano, V., «Pipas patagónicas de la colección Alemandri» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore «Dr. Pablo Cabrera; XII*, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1945.
- Berenguer, J. y Dauelsberg, P., «El Norte Grande en la órbita de Tiwanaku» en Hidalgo, J. et al. (Eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, Editorial A. Bello, Santiago, 1989.
- Bernard, C. y Gruzinski, S., *De la idolatría. Una arqueología de las ciencias religiosas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- Bertonio, L., [1612], *Vocabulario de la lengua aymara*, Centro de Estudios de la Realidad Económico y Social (CERES), Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Museo Nacional de Etnografía y Folklore (MUSEF), Cochabamba, 1984.
- Boman, E., *Archivo personal*, Museo Etnográfico, Buenos Aires, 1916.
- , «Pipas de fumar de los antiguos diaguitas» en *Physis*; III, Buenos Aires, 1917.
- , «Pipas de fumar de los indígenas de la Argentina» en *Anales del Museo de Historia Natural «Bernardino Rivadavia»*; XXXV, Buenos Aires, 1927-32.
- Califano, M., «El chamanismo mataco» en *Scripta Ethnologica*, 3, parte 2, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires, 1976.
- Cobo, B., *Historia del Nuevo Mundo*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 92, Ediciones Atlas, Madrid, 1964.
- Cooper, J. M., «Stimulants and Narcotics» en Steward, J. (Ed.), *Handbook of South American Indian*, 5, Smithsonian Institution, Washington D.C., 1949.
- Dasso, M. C., «El shamanismo de los mataco de la margen derecha del Río Bermejo (Provincia del Chaco, República Argentina)» en *Scripta Ethnologica; Su-*

- plementa 5, Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires, 1985.
- Dimitri, M. J. y Biloni, J. S., *Libro del árbol*, tomo I. Celulosa Argentina, Buenos Aires, 1976.
- Dobritzshoffer, M., *Historia de los abipones*, Universidad del Noreste, Resistencia, 1967.
- Dougherty, B., «Las pipas de fumar arqueológicas de la Provincia de Jujuy» en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n. s., VI, Buenos Aires, 1972.
- , «Análisis de la variación medioambiental en la subregión arqueológica de San Francisco (región de las Selvas Occidentales-subárea del Noroeste Argentino)» en *Etnia*, 20, Museo Municipal Dámaso Arce, Olavarría, 1974.
- , «Análisis de la variación cerámica en el complejo San Francisco» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.
- Duviols, P., *La destrucción de las religiones andinas*, UNAM, México, 1977.
- Fernández Distel, A. «Hallazgos de pipas en complejos precerámicos del borde de la Puna jujeña (República Argentina) y el empleo de alucinógenos por parte de las mismas culturas» en *Estudios Arqueológicos*, 5, Universidad de Chile, Antofagasta, 1980.
- Ferreiro, J. P. M. S., *De indio a campesino: el campesinado indígena del Tucumán. Siglos XVII y XVIII. Maquijata: un estudio de caso*, Informe mecanografiado al CONICET, Buenos Aires, 1980.
- Flores Galindo, A., *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, Casa de las Américas, La Habana, 1986.
- Furst, P., *Los alucinógenos y la cultura*, Colección Popular 190, FCE, México, 1980.
- Girault, L., *Kallawaya, guérisseurs itinérants des Andes: Recherches sur les pratiques médicinales et magiques*, Institute Français de Recherche Scientifique pour le Developpement en Coopération, Paris, 1984.
- Góngora, D. de, «Carta al Rey del 2 de marzo» en *Archivo General de Indias, Audiencia de Charcas*, legajo 27, Sevilla, 1620. (Copia mecanografiada en la biblioteca del Museo Etnográfico, Buenos Aires).
- González Holguín, D., *Vocabulario de la lengua general de todo el Peru llamada lengua Qquichua o del Inca*, [1608], Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1989.
- González, A. R., «Arqueología del yacimiento indígena de Villa Rumipal (provincia de Córdoba)» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore «Dr. Pablo Cabrera»*, IV, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1943.
- , «El paradero indígena de Soto (Córdoba)» en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales «Bernardino Rivadavia»*, XLI, Buenos Aires, 1943.

- , «Las pinturas indígenas de Cerro Colorado» en *Gacetika*, n[um. 63, mayo, Industrias Kaiser Argentina, Córdoba, 1963.
- , *Arte, estructura y arqueología*, Colección Fichas, 35, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.
- , *Arte precolombino en la Argentina*, Filmediciones Valero, Buenos Aires, 1977.
- , «Nota sobre religión y culto en el Noroeste Argentino prehispánico. A propósito de una figuras antropomorfas del Museo de Berlín» en *Baessler-Archiv; neue folge*, band XXXI, Berlín, 1983.
- Guaman Poma de Ayala, F, [1615]. *El primer nueva corónica y buen gobierno*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1980.
- Guevara, T., *Folklore araucano*, Santiag , 1911.
- Heredia, O. R., «La cultura Candelaria» en *Rehue*, 3, Universidad de Concepción, Instituto de Antropología, Concepción, 1970.
- , «Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales» en *Revista del Instituto de Antropología*, V. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1974.
- Krapovickas, P., «El yacimiento de Tebenquiche (Puna argentina)» en *Publicaciones del Instituto de Arqueología*, III, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1955
- , «Arqueología de la Puna Argentina» en *Anales de Arqueología y Etnología*, XIV-XV, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1959.
- , «Arqueología de Cerro Colorado (departamento de Yavi, provincia de Jujuy, R. Argentina)» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.
- Lozano, P., *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, escrita por el padre...*, 2 tomos, Imprenta de la viuda de M. Fernández, Madrid, 1754-55.
- , *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, 5 tomos, Notas y suplementos de Andrés Lamas, Casa editora «Imprenta Popular», Buenos Aires, 1875.
- , *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*, Departamento de Investigaciones Regionales, 288, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 1941.
- Llagostera, A., Baron, A.M. y Bravo, L., «Investigaciones arqueológicas en Tular-1» en *Estudios Atacameños*, 7, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama, 1984.
- , Torres, C. M. y Costa, M. A., «El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama)» en *Estudios Atacameños*, 9, Universidad del Norte, San Pedro de Atacama, 1988.
- Mandrini, R. y Ortelli, S., *Volver al país de los araucanos*, Editorial Sudamerica-

- na, *Joven Ensayo*, Buenos Aires, 1992.
- Mansilla, L. V., *Una excursión a los indios ranqueles*, Centro Editor de América Latina, Capítulo, Biblioteca Argentina Fundamental, Buenos Aires, 1980, pp. 25-26.
- Martínez Crovetto, R., «Nombres de plantas y su utilidad, según los indios araucanos-pampas del oeste de Buenos Aires» en *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. Actas y Memorias*, II, Buenos Aires, 1968.
- Matienco, J. de, *Gobierno del Perú*, [1567], Travaux de l'Institut Française d'Etudes Andines, Lima-París, 1967.
- Medina, J. T., *Los aborígenes de Chile*, Santiago, 1882.
- Metraux, A., «Estudios de etnografía chaqueña», en *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, V, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1944.
- Montes, A., «El problema etnográfico de los sanabirón y de los comechingón» en *Homenaje jubilar a Monseñor Doctor Pablo Cabrera (1857-1957)*, Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, número especial, Córdoba, 1958.
- Montenegro, P., «Materia médica misionera» en *Revista de la Biblioteca Nacional*, XI, 31, Buenos Aires, 1944.
- Mújica, E., «Pukara: una sociedad compleja temprana en la cuenca norte del Titi-caca» en *Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Madrid, 1991.
- Núñez Atencio, L., «Problemas en torno a la tableta rapé» en *Anales de la Universidad del Norte*, 2, Antofagasta, 1963.
- , «Informe arqueológico sobre una muestra de posible narcótico del sitio Patillos I (provincia de Tarapacá, Norte de Chile)» en *Etnografiska Museet Arstryck 1967-1968*, Goteborg, 1967-8.
- Ovalle, A. de., *Historia del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*, Colección de Historiadores de Chile, 12-13, Santiago, 1888.
- Pages Larraya, F., «La cultura del paricá» en *Acta Neuropsiquiátrica Argentina*, 5, Buenos Aires, 1959.
- Palermo, M. A., «Ficha antropológica: el yaguareté» en *Fauna Argentina*, 21, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.
- Pané, R., [1498], *Relación a cerca de las Antigüedades de los Indios: el primer tratado escrito en América*, Nueva versión con notas, mapas y apéndices por J. J. Arrom, Editorial Siglo XXI, México, 1974.
- Parodi, L., *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería*, vol. 5, Acme, Buenos Aires, 1959.
- Pérez Gollán, J. A., «Iconografía religiosa andina en el Noroeste Argentino» en *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, XV, 3-4, Lima, 1986.

- , «La cultura de La Aguada vista desde el valle de Ambato» en *Publicaciones del CIFYH*, vol. 46, Arqueología (1986-91), Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1991.
- Piana de Cuestas, J., *Los indígenas de Córdoba bajo el régimen colonial (1570-1620)*, Edición del autor, Córdoba, 1992.
- Piossek Prebish, T., *Pedro Bohorquez. El Inca del Tucumán. 1656-1659. Relato histórico*, Gentes de Letras, Buenos Aires, 1983.
- Polo de Ondegardo, J., *De los errores y supersticiones de los indios*, [1559], Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, 1 serie, vol. 3, Lima, 1916.
- Raffino, R. A., «Las aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (provincia de Salta, Argentina)» en *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, La Plata, 1977.
- Ramos Gavilán, A., *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*, Academia Boliviana de la Historia, Publicaciones Culturales, La Paz, 1976.
- Reichel-Dolmatoff, G., *El chamán y el jaguar*, Editorial Siglo XXI, México, 1978.
- Reis Altschul, S. von, «A Taxonomic Study of the Genus *Anadenanthera*» en *Contributions of the Gray Herbarium of Harvard University*, 193, Cambridge, 1964.
- , «*Vilca* and Its Use» en Efron, D.H., Holmstedt, B. and Kline, N.S. (Eds.), *Ethnopharmacological Search for Psychoactive Drugs*, U.S. Department of Health, Education and Welfare, 1645, Washington D. C., 1964.
- , *The Genus *Anadenanthera* in Amerindian Cultures*, Botanical Museum of Harvard University, Cambridge, 1972.
- Rivolta, M. C. y Albeck, M. E., «Los asentamientos tempranos en la localidad de Tilcara: SJuj Til, 22 Provincia de Jujuy» en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales*, 3. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, 1992.
- Saignes, T., «Borracheras andinas: ¿Por qué los indios ebrios hablan en español?» en *Revista Andina*, año 7, num. 1, Cusco, 1989.
- Salas, A.M., «El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Provincia de Jujuy)» en *Publicaciones del Museo Etnográfico*, serie A, V, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1945.
- , «Un nuevo yacimiento arqueológico en la Quebrada de Humahuaca» en *Actas y Memorias del XXVIII Congreso Internacional de Americanistas*, París, 1948, pp. 643-48.
- Sauer, C., «Cultivated Plants of South and Central America» en Steward, J. (Ed.), *Handbook of South American Indians*, 6, Smithsonian Institution, Washington D. C., 1950.

- Schultes, R. E., «The Botanical Origins of South American Snuffs» en Efron, D. H., Holmstedt, B. and Kline, N. S. (Eds.), *Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs*, U.S. Department of Health, Education and Welfare; 1645, Washington D. C., 1967.
- , «An Overview of Hallucinogens in the Western Hemisphere» en Furst, P. (Ed.), *Flesh of the Gods. The Ritual Use of Hallucinogens*, Praeger Publishers, New York, 1972.
- y Hofmann, A., *Plantas de los dioses. Orígenes del uso de alucinógenos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- Schulz, A. G., *Nombres comunes de las plantas*, Talleres Gráficos Moro, Colonia Benítez, 1976.
- Serrano, A., «El uso del tabaco y vegetales narcotizantes entre los indígenas de América» en *Revista Geográfica Americana*, II, 15, Buenos Aires, 1934.
- , «Los recipientes para paricá y su dispersión en América del Sur» en *Revista Geográfica Americana*, VIII, 91, Buenos Aires, 1941.
- , *Manual de la cerámica arqueológica*, Editorial Assandri, Córdoba, 1958.
- Sola, J. V., *Diccionario de regionalismos de Salta*, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1975.
- Sotelo de Narvaez, P., *Relación de las Provincias del Tucumán que dió ..., vecino de aquéllas provincias, al muy ilustre señor Licenciado Cepeda, Presidente de esta Real Audiencia de La Plata*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 183, Editorial Atlas, Madrid, 1965.
- Tarragó, M., «Asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí, provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior» en *Estudios Arqueológicos*, 5, Universidad de Chile, Antofagasta, 1980.
- , *Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación a otros pueblos puneños, en especial el sector septentrional del valle Calchaquí*, Tesis para optar al título de Doctor en Historia, Especialidad Antropología, Universidad Nacional de Rosario, Rosario, 1989.
- Torreblanca, H. de, *Relación histórica de Calchaquí*, Versión modernizada, notas y mapas de Teresa Piossek Prebisch, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1984.
- Torres, C. M., «Iconografía de las tabletas para inhalar sustancias psicoactivas de la zona de San Pedro de Atacama, norte de Chile» en *Estudios Atacameños*, 7, Universidad del Norte. San Pedro de Atacama, 1984.
- , «Tabletas para alucinógenos de San Pedro de Atacama: estilo e iconografía» en *Tesoros de San Pedro de Atacama*, Museo Chileno de Arte Precolombino y Banco O'Higgins, Santiago, 1984.
- , «Tabletas para alucinógenos en Sudamérica. Distribución y rutas de difusión»

- en *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 1, Santiago, 1986.
- , «The Iconography of South American Snuff Trays and Related Paraphernalia» en *Etnologiska Studier*, 37, Goteborg, 1987.
- , Repke, D. B., Chan, K., Mckenna, D., Llagostera, A. and Schultes, R. E., «Snuff Powders from Pre-Hispanic San Pedro de Atacama: Chemical and Contextual Analysis» en *Current Anthropology*, volume 32, number 5, December, 1991.
- Troll, C., «Las culturas superiores andinas y el medio geográfico» en *Allpanchis Phuturinga*, XIV, 15, Instituto Pastoral Andina, Cusco, 1980.
- Uhle, M., «A Snuffing-Tube from Tiahuanaco» en *Bulletin of the Free Museum of Science and Art*, vol. 1, num. 4, University of Pennsylvania, Philadelphia, 1898.
- , «Los tubos y tabletas de rapé en Chile» en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, año V, Tomo XVI, Santiago, 1915.
- Varon Gabai, R., «El Taki Onqoy: las raíces andinas de un fenómeno colonial» en Millones, L. (Ed.), *El retorno de las huacas*, Instituto de Estudios Peruanos - Sociedad Peruana de Psicoanálisis, Lima, 1990.
- Wassen, S. H., «The use of Some Specific Kinds of South American Snuff and Related Paraphernalia» en *Etnologiska Studier*, 28, Goteborg, 1965.
- , «Anthropological Survey of the Use of South American Snuffs» en Efron, D. H., Holmstedt, B. and Kline, N. S. (Eds.), *Ethnopharmacologic Search for Psychoactive Drugs*, U.S. Department of Health, Education and Welfare, 1645, Washington D. C., 1967.
- , «Problems in Analyzing Indian Snuffs» en *Arstryck*, 1967-68, Goteborg, 1969.
- , «Was Espingo (Ispincu) of Psychotropic and Intoxicating Importance for the Shamans in Peru?» en Browman, D. L. and Schwarz, R. A. (Eds.), *Spirits, Shamans, and Stars. Perspectives from South America*, Mouton Publishers, The Hague, 1979.
- , «Acerca del material medicinal boliviano de la edad de Tiahuanaco clásico y el estudio de antiguas muestras de rapé» en *Instituto Italo Latino Americano. Simposio Internazionale sulla medicina indigena e popolare dell'America Latina*, 9, Roma, 1979.
- Wilbert, J., «Tobacco and Shamanistic Ecstasy Among the Warao Indians of Venezuela» en Furts, P. (Ed.), *Flesh of the Gods. The Ritual Use*, 1972, of Wilbert, J., *Tabacco and Shamanism in South America*, Yale University Press, Chelsea, 1987.
- Zardini, E., «The Identification of an Argentinian Narcotic» en *Botanical Museum Leaflets*, vol. XXV, 3, Harvard University, Cambridge, 1976-7.